ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero



El supremo jefe de la isla, Podestá Giordano Stefano, aparece en escena y bendice la unión de todos los bandidos de la isla para defenderse de los invasores genoveses y franceses. Uno de los forajidos, ahora luchador patriota, es Filipo Ferrante, digno y honesto, que se enamorará de la bella judía Zoraida Rovizo, Salomé, hija del prestamista Samuel Rovizo cuyo hermano Rubén detesta y envidia. Gallardo, disfrazado de Corsi, conseguirá la complicidad de Ferrante en su proyecto de crear una hermandad de corsos unida frente a los enemigos exteriores así como el apoyo de Rovizo para que le indique los hombres más ricos de la isla, cuyo apoyo económico es imprescindible; aparece así el rico comerciante Bruno Sarto, casado con la bella Bianca Ventiglia, que recibe la visita de Gallardo-Corsi quien le exige su apoyo económico. Bianca, fascinada pero fiel al miserable Sarto, querrá matarlo y en su empeño llevará a la muerte a seis *bravis* que pretendían asesinar a nuestro héroe.



Arnaldo Visconti

El peregrino de los lobos

El Galante Aventurero - 03

ePub r1.1
xico_weno 15.08.16

Título original: *El peregrino de los lobos*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ARNALDO VISCONTI
El Galante
Aventurero


EL PEREGRINO
DE LOS
LOBOS

CAPÍTULO PRIMERO

SALOMÉ

Rubén Rovizo nació con los ojos abiertos. Cosa que, puesta hoy de moda ante los avances científicos, apenas llama la atención.

Pero en los albores del siglo XVI, y en la turbulenta y siniestra época del auge italiano, era raro que un ser humano naciera con los ojos abiertos.

- el caso mereció amplios comentarios entre todas las comadres del barrio judío de Ajaccio, la principal ciudad corsa.

Tenía ojos negros y negro también el espeso pelo de la cabeza. Y lo primero que hizo al sentir una caricia en la cara fue fruncir la naricilla y los carrillos para esbozar una risita; una risita queda y reposada, como de quien ríe por cuenta propia.

Nació de familia modesta. Su padre, prudente prestamista, era casi un idealista y pedía escasos intereses. Le faltaba valor para ser duro, y quizá presintiendo que el recién nacido sería un magnífico usurero, expresó su deseo de que, al crecer, lo fuera.

Su madre, bellísima aunque ya ajamonada, era muy mística, y soñaba con verle hecho un solemne y doctoral rabino.

Y un buen día discutían entre sí, porque eran distintos sus pareceres, como suele ocurrir entre marido y mujer cuando no han sabido plegarse a su suerte, y creen poder censar aún con su propia cabeza.

—Quiero que sea prestamista.

—¡Quita allá! Yo quiero que sea rabino.

—Le dejaré mi clientela.

—Pues yo regalaré mi hacienda a la sinagoga.

En esto, el chico alzó la cabecita como si se dispusiera también a

opinar, lo cual aplacó al padre e hizo sonreír, derretida de emoción, a la madre.

—Preguntémoselo a él.

—Eso es. Que decida mi querubín. ¿Verdad que quieres ser rabino, mi querubín?

El «querubín» guardó un meditativo silencio, cosa no de extrañar a sus cuatro meses de edad.

—¿Quieres ser usurero?

Y entonces el chico dejó escapar un breve eructo, un eructo empapado de leche, y frunció la naricilla y los carrillos, como para esbozar de nuevo aquella risita con que había iniciado su vida.

Y así quedó resuelto que Rubén Rovizo sería usurero, dando plena satisfacción a su padre. Lo único que lamentaba éste era que el mozo se entretuviera leyendo y escribiendo antes de acostarse. Era un despilfarro de candela y papel…

A los veinticuatro años, ya casado, espléndidamente con la más rica hebrea del barrio, Rubén Rovizo, contemplando la opulenta figura de su esposa, durmiendo apaciblemente, tuvo una inspiración, plasmando en el papel lo que le rondaba en el magín hacía ya tiempo.

Y escribió:

> «Los hombres no se diferencian entre sí por ser blancos, negros o amarillos, ni por ser tudescos, mongólicos, franceses o caribes; ni se clasifican en geocios y poetas, en gentes de fe y gentes de espíritu, ni en vencedores ni en vencidos como se creen los que fomentan las guerras. Admito la división en taimados e inteligentes, y en bobos o sencillos, en devoradores o devorados. Pero hay una clasificación infalible, a saber: hombres que se ríen en "ah", hombres que se ríen en "eh", en "oh" y en "uh", y los triunfadores, que ríen como yo, Rubén Rovizo».

Rubén Rovizo pertenecía a la raza de los hombres que ríen en «ih». Su risa era facial y no ventruda. Emitía una especie de relincho apenas perceptible. Una risita seca, muy rara.

Cuando le daban una noticia, le proponían un asunto, le sometían una idea, fruncíase su nariz y la piel de sus mejillas, y los delgados labios se arqueaban un poco.

Aquella sonrisa quería decir muchas cosas, pero sobre todo una: «A mí no me la das tú», «¡Qué bobada!», «Te creerás tú que soy tonto», «En mi vida he visto necio semejante», y otros juicios por el estilo, que se callaba.

Pero si su padre murió bendiciéndolo, porque Rubén era el hombre más acaudalado del barrio, y si su madre, al irse a mejor mundo, partió confortada con la seguridad de que su retoño sabría caminar solito, ambos no podían prever que Rubén iba a tener por hija a Zoraida.

Quieta, callada, sumisa, Zoraida fue un encanto continuo hasta los dieciocho años. Su madre murió a consecuencia de un empacho. Rubén no lloró mucho.

Siguió admirando los progresos de su hija, que, aleccionada por viejas comadres en teoría y por zíngaras hebreas en práctica, iba aprendiendo todo el embrujo contenido en las danzas ancestrales.

Frecuentemente se frotaba las manos Rubén, cuando a su casona llegaba un noble señor cristiano, el cual solicitaba ser recibido como pretendiente a la hechicera mano de Zoraida.

Duraba poco la alegría de Rubén, que deseaba blasones, cuando Zoraida respondía, amable y firmemente:

—No he nacido para amar. Mi corazón vive solo, y todos los hombres son falsos. Decidle, padre, a este noble señor, que Zoraida sólo se quiere a sí misma, un poco a vos, y el resto de su afecto lo consume en sus danzas.

Prontamente los despechados fueron llamando «Salomé» a la esquiva belleza.

En vano Rubén Rovizo argumentaba. Ella, replicaba:

—Si una mujer demuestra que quiere, el hombre se burla de ella. Si una mujer tuerce el gesto y no les hace caso, parecen jauría de perros anhelantes de limosna de amor. ¡Fu, padre! ¡Desprecio a todos los hombres!

Pero un día Rubén Rovizo se frotó las manos vigorosamente. Su hija decrecía en frenesí danzante, y pasaba largas horas en el balcón, avizorando con ansia la calle.

Rubén Rovizo tenía la demostrada experiencia de que con dinero

todo se consigue. Y para su hija deseaba lo mejor…

Sondeó:

—Si no te confías a tu padre, ¿a quién confiarás, Zoraida?

Ella, que poseía un gracejo especial, miró sonriente al colaborador en la creación, de sus días.

—Os contaré, padre, una anécdota que tiene enjundia. Un padre, con su hijo, seguía una educación férrea. Le repetía constantemente que en el mundo todo es engaño, que de nadie debía fiar… El niño fue creciendo sintiéndose hostil a toda amistad, a todo sentimiento. Un día, su padre lo llevó al campo, invitándole a subirse en una higuera. El niño supo subir, pero luego dábale miedo de bajar. El padre le indicó que no tenía más que lanzarse al espacio, que él le recogería entre sus amorosos brazos paternales. El niño expresó que su padre le había enseñado a no fiar de nadie, a lo cual, enojado el autor de sus días, imprecó diciendo que aquello era el colmo, que debía no tomarse tan al pie de la letra lo que le enseñaba. Que debía fiarse de su padre. Convencido, el niño se arrojó del árbol hacia los brazos que le brindaban amparo. Pero el padre abrió los brazos y dejó a voluntad que su hijo se propinara serio mojicón contra el suelo. Y después, cuando el niño, berreando, se levantaba magullado, sentenciosamente el padre le sermoneó: «Ésta es mi última lección, hijo. En adelante, ya ni de tu padre te fiarás».

—Repudio con todas mis fuerzas esta cruel anécdota, Zoraida. No existe padre tan desnaturalizado que…

—Vos me dijisteis siempre que no fiara en nadie, que las amigas traicionan, que los mendigos son gente que oculta tesoros, que los hombres son seres egoístas que sólo buscan placer… Y tan duras han sido vuestras repetidas enseñanzas, que estoy, como en el niño, en la higuera. No me atrevo a lanzarme en vuestros brazos.

Rubén Rovizo casi se arrodilló.

—¡Confía en mí, hija, que soy tu padre!

—No os pongáis patético, porque me habéis dicho que, cuando os vienen a pedir dinero, no se lo dais a quien lloriquea.

—Dura eres, hija.

—Duro fuisteis con mi madre. Tal harás, tal encontrarás.

—Bien; entonces, acepta que mis consejos pueden servirte.

—Si no me pedís intereses, los acepto. Sin aspavientos, padre: ¡estoy enamorada!

—¡Ih, ih! —Hipó, alborozado, Rubén—. Fausta nueva. ¿Y quién es el agraciado mancebo?

—¿No podéis hablar con menos floritura?… El agraciado mancebo es un gallardo joven de arrogante figura, ceño sombrío y viril estampa.

—¿Es hebreo?

—No.

—Mejor… ¿A qué familia pertenece?

—Lo ignoro.

—¿Ves cómo puedo serte útil? Indagaré…

—No os molestéis. Me casaré con este joven, o con nadie.

—Bien, bien… Pero mi deber es enterarme de quién es.

—Se llama Filipo Ferrante.

—¡El profeta nos ampare! —gimió, casi sollozante, el usurero—. ¡La maldición de Isaac ha caído sobre mí!

—Quien se quiere casar con Filipo soy yo, no vos…

—¡Filipo Fe… rrante! —Se atragantó Rubén—. ¿Sabes quién es?

—Un hombre que posee mi corazón.

—¡Insensata! ¡Filipo Ferrante es un capitán de bandidos!

—Es un poeta de la valentía.

—Manda cincuenta desalmados.

—A quienes les sobra alma, porque son «Los Cincuenta de Bastelica», y no son bandidos, sino patriotas.

—¡Válgame Jacob!

—Invocad a Job, si queréis. Pero he aprendido vuestra lección: obtengo lo que quiero, y, si no puedo, trataré de resignarme.

—¡Te encerraré!… ¡Pediré al Gran Maestre que capture a Filipo! ¡Daré… daré una recompensa a quien mate a Filipo!

—Y entonces, padre, huiré… maldiciendo vuestro nombre.

—¡Hija desnaturalizada! ¡Te repudio!

—Yo, no. Tal como sois, os acepto, y a mi modo, os quiero. Imitadme, y saldremos ganando.

Rubén Rovizo, sólo se avenía a razonar con temples recios. Si su hija hubiese llorado y suplicado, se habría crecido. Hizose suave y flexible.

—Seamos ecuánimes, Zoraida. ¿No pretenderás que yo vaya en busca de Filipo?

—Os despreciaría si tal hicierais. Filipo vendrá por sus propios

medios, o no vendrá. Vio ya mis ojos… y le espero.

—Pero ten en cuenta que Filipo Ferrante es carne de patíbulo.

—Vivir con él es mi anhelo, y seré su esposa.

—Esta noche, cuando cenemos, volveremos a hablar. Déjame pensar. Saldré a pasearme. ¿Has hablado con él? ¿Le has hecho comprender que le quieres?

—Sólo mis ojos han hablado… Los suyos, tristes, parecieron despertar viéndome…

—Bien, bien… Me voy a pasear.

Por las calles de Ajaccio reinaba una peculiar animación. Se formaban corrillos. En uno de ellos, detúvose Rubén Rovizo.

—… Ha pactado con el Diablo Corso.

—¡Albricias! ¡Seguros están, pues, nuestros cofres!

—¿Quién pactó con quién? —inquirió Rubén Rovizo, apremiante.

—«Faciatosta» ha pactado con Dago Corsi, el Diablo Corso. Id a la Piazza Maggiore, que allá están los pregoneros, y no tardará el propio «Faciatosta» en anunciar gratas nuevas a sus paisanos.

Pero Rubén Rovizo tenía algo más urgente que resolver. Dirigióse en línea recta al edificio donde alojábanse los soldados del Podestá.

El Podestá, o jefe de policía de entonces, era condescendiente con los que, como Rubén Rovizo, no olvidaban cada mes de enviarle sabrosos obsequios en vinos, ricos manjares y una bolsa provista.

Acogió benévolo al judío.

—¿Qué bueno os trae acá, Rubén?

—Señoría… Daría cien florines de oro si un bandido pereciera bajo las espadas de vuestros soldados, y llegaría hasta ciento cincuenta florines si se ignorase que yo… deseo la muerte del tal bandido.

—Mi oficio es ser discreto, Rubén. No me ofendáis, ¡diantres! Llegad hasta doscientos florines, y dad por muerto al bergante. ¿Cómo se llama?

—Filipo Ferrante.

—¿El de Bastelica? Trato hecho. Cuando el cadáver de Filipo cuelgue de la picota, enviadme la bolsa de los doscientos, y ambos seguiremos siendo discretos amigos. ¿Teméis por vuestros cofres?

Hizo Rubén una señal evasiva. Salió frotándose las manos, convencido de que obraba en el propio bien de su hija. ¿Qué podía esperarse de un capitán de bandidos, cruel y rapaz?

CAPÍTULO II

DOS GALLOS CANTAN…

En el litoral de Ajaccio, a un centenar de metros del gigantesco conglomerado roquizo que era llamado la Grata de Anfitrite, bajo el sol del mediodía, dos hombres en pie, casi juntos los rostros, parecían a punto de venir a las manos.

Uno de ellos, desnudo de torso y piernas, esbelto y acerado en musculatura fibrosa, sonreía sin amenidad, en peligrosa mueca.

El otro, vestido abigarradamente en policroma multicolor, tenía a sus pies el cinto que acababa de desabrocharse.

Erguido el busto, parecía a punto de lanzar un «kikirikí», porque Delfín Lechuga ya habitualmente era retador. Sus enhiestos mostachos y sus ojos felinos le conferían aspecto de matamoros.

Luys Gallardo silabeó, incisivamente:

—Lo siento, pero mal te veo, gato. Tengo que cortarte las uñas y apagar tus maullidos.

—Ya te dije que éramos muy temerarios, trovador. Otra prueba. ¿A que no eres Dago Corsi? ¿A que no matas a un hombre indefenso, que por añadidura es como tú, español de los cabales?

Y erguido el busto, chispeantes los felinos ojos de malicia, Delfín Lechuga remachó:

—¡A valiente, sólo tú puedes ganarme, trovador, que sabes hacer bello romance del futuro avatar del Diablo Corso!

—Cacareas mucho, gallito. Mucha cresta tienes. Aludiste a que si los Hermanos Corsos me veían tal como ahora estoy, poco iba yo a vivir. Aclara, Delfín…

—Ayer noche eché un vistazo a lo que escribe messer Piero, al cual pediste tu biografía. Está claro. Con ello deseas saber quién era el verdadero Diablo Corso. Tu costado izquierdo es liso, terso…

¡Dago Corsi fue mordido por un perro, y tiene en el flanco cicatriz de quemadura cauterizante que le hizo el propio messer Piero!

—¡Mosca! —rió Luys Gallardo. Y continuó el diálogo en español, aunque ahora separóse el trovador del enviado de Abdul Hamez—. Tus mostachos me hacen cosquillas. Sólo hay cinco personas que saben que yo soy Luys Gallardo, español y trovador, y no Dago Corsi. La primera persona en saberlo fue Dago Corsi, que está bien seguro en mazmorra. La segunda fui yo. La tercera, mi escudero Bembo. La cuarta, una bella dama que juró ante Crucifijo. Y la quinta… eres tú.

—Mientras no haya sexto, tu secreto es seguro, messer.

—¿Por qué no me delataste a aquella piara de asesinos? —Y señaló Luys Gallardo la gruta—. Aunque necia es la pregunta, ya que si a mí me revelas tu descubrimiento, es porque no piensas hacer mal uso de él.

—Quizá primero sería conveniente que supieras quién soy yo.

—Rasuni, el enviado del pirata Abdul Hamez, que disfruta del alias «Siete Vidas», y que de la Lechuga tiene el frescor y del Delfín la arrogancia.

—Ésa es nuestra máscara, los cartelitos que nos ponemos para ir andando por el mundo: Mi historia es breve.

Delfín Lechuga sonrió con melancolía, y su rostro, habitualmente pícaro y desdeñoso, adquirió una seriedad detonante con su aspecto de fachendoso matachín.

—Recibí muchas bofetadas a la edad en que los demás reciben caricias de madre. Junto con otros desgraciados, estábamos bajo la tutela de una vieja ladrona. Ella nos bautizó con nombres de peces. El apellido «Lechuga» me lo pusieron —mis compañeros de hogar…

Luys Gallardo revistió su jubón, cubriendo su delator costado. Miró con creciente y renovada simpatía al que hablaba con mordacidad doliente.

—Crecí malviviendo, deseoso siempre de hallar un alma buena. Conocí el feo rostro del hambre, tentado por la fácil canallada… Pero la que me dio el ser debía ser buena… No pude asesinar, ni cometer acción que desdijera de un hombre bien nacido…, ¡porque no por ignorar quiénes son mis padres, por mal nacido me tengo!…

—Choca, Delfín. —Y Luys Gallardo tendió su diestra, que en vigorosa manotada fue aprisionada por el extraño «Siete Vidas». —

Antes de que continúes con tu historia, te aclararé que somos hermanos. Yo, a los ocho años, allá en una ciudad de Castilla la Vieja, barría establos. Y el matrimonio campesino que me daba pan y agua me explicó que yo era un «hijo del pecado»… Que me recogieron en la puerta del establo, y sobre mis pañales había un pergamino que decía «Luys Gallardo». Me recogieron porque mis pañales eran ricos… Esperaban recompensa por criarme. A mis trece años, viendo que no se presentaba ningún duque, como es de rigor en toda vida de misterioso huérfano, para llevarme a sus palacios, empezaron a exagerar sus maltratos. Huí… Vagabundeé… Tenía buena voz, fuertes músculos y alegría interior… Llevé mis trovas, a veces tristes, a veces burlonas, de ciudad en ciudad…, ¡y como tú por muy bien nacido me tengo, porque con orgullo proclamo que, pudiendo ser un canalla, limpio de vileza está Luys Gallardo!

—A la que te vi, me atajaste, Luys. Tú dijiste que yo inspiraba deseos de darme trompazos… Lo sé. Adopté esta actitud, retando al mundo entero, porque me dolía el alma… Sigo con mi historia, porque bajo este bello sol los hermanos de infortunio han de conocerse bien. Capitaneé una banda de ladronzuelos. Los corchetes me buscaban con demasiado afán, y embarqué en Cádiz, enrolándome como «levante».

—Mercenaria soldadesca compuesta por franceses, tudescos y algún que otro español. Desalmados. Por donde se presentan, el contorno se estremece, porque nada está seguro; ni la gallina en el corral, ni la dobla en el fondo del arca, ni la vida del transeúnte, ni la doncellez en su hogar. Representan la figura superlativa de la ferocidad, los malos instintos y la indisciplina. Así los pintan.

—Y suelen serio, aunque con excepciones. Robé gallinas, alguna que otra dobla embolsillé, pero el transeúnte que no me pisaba los callos podía tranquilamente pasar por mi lado; y en cuanto a las doncellas que púdicamente deseaban seguir siéndolo, las respeté. Anduve de la ceca a la meca. He aprendido todas las tretas de la lucha desleal, pero si el enemigo es leal, a nobleza nadie me gana. De la isleña Malta salimos, y nos abordó en alta mar un pirata turco. Cautivo, descollé por la dureza de mi cara, y me cogió de escribano un cómitre. Ascendí, y Abdul Hamez confió en mí. Acepté no comer cerdo, leer el Corán y ponerme de cuclillas cuando el

Mueslin entonaba sus jeremiadas, y Abdul Hamez me eligió para tratar con messer Dago Corsi. Y ayer noche empecé a pensar que tu caballerosidad desdecía de la fama demoníaca de Dago Corsi…, y ahora, por la alegre despreocupación con la que suplantas a un fiero bandido, dispuesto estoy a servirte en lo que pueda.

—A partir de mi huida de los establos malolientes, viví a salto de mata. Tengo la vocación del aventurero, que es no tener vocación. Mi sino ha querido que, dondequiera que pongo la planta, brota la aventura, el conflicto, el lío mayúsculo, y no puedo revolver una esquina sin caer en medio de alguna algarada, que me obligue, cuando menos, a airear la espada. Me enzarzo en peleas, sin reflexionar, con el convencimiento de que los otros pueden morir, que no yo. Primero actúo y luego pienso; por eso siempre voy de brete en brete. Creía que era mentira legendaria lo que, desde tiempos de romanos, aseguraban los sabios, a saber: que cada ser humano tiene en el mundo otro ser idéntico a él, físicamente. Vi a Dago Corsi, y decidí substituirlo. No me gustaba que se hiciera ídolo de una fiera vana. En el mundo hay un exceso de egoísmo, intransigencia e inhumanidad. Seré un soñador, pero, burla burlando, quiero predicar amor, comprensión y piedad…

—Predicar en desierto…

—Por guapeza y majeza impondré mi credo. Profeso el culto y la exaltación del músculo y la fuerza al servicio del débil, contra la ley del fuerte. Hazte cargo que ahora somos los dos guapos del cotarro.

—¡Y olé que me place! Y al que no se avenga a razones, le partimos la boca, con esmero, que nuestra pretensión es que a guapos nadie nos gane. Sigue, que me deleita oírte.

—Desheredados y huérfanos somos. En vez de envilecernos, supimos reír, ahogando nuestra íntima vaciedad de cariños. Resabios de olearos tenemos, porque dura maestra es la necesidad; pero ¿verdad que rellena un poco nuestro vacío de cariño, ver que otros son felices gracias a nuestra temeraria despreocupación?

—Se queda uno como si hubiera comido un pavo.

—Vasto escenario nuestro es esta magnífica Italia, donde, como dentro de una jaula, fieras salvajes y mansas ovejas anidan de tal modo, que siempre gime el mejor. Pues a eso vamos… ¡Dos españoles, juntos, harán que también los crueles soberbios aprendan a gemir!

—Abdul Hamez es un soberbio cerdo, Luys… Y tiene tres galeotas.

—Ya pienso en ellas. Siempre soñé con poseer una nave. Ya lo resolveremos a su tiempo.

—¿Me retiro?

—¿Por qué?

—Ahí se acerca Bárbara, la sultana de verdes ojos…

—No uses chunga con ella, porque es una infeliz. De pocas cosas me sonrojo; pero, créeme, que yo, que ante ninguna mujer tengo cohibimiento, reparos me cogen al verla tan confiada en que soy su amor.

—Gajes de la suplantación, messer.

Bárbara Foscari, portando rica bandeja, aproximábase, andando airosamente, y mirando arrobada al trovador español.

—Tu desayuno, mi amor. Las mejores viandas, jugosas frutas y el vinillo seco que tanto te gusta.

—Ordené a Bembo Camorra que me portara el condumio.

—Le quité de las manos la bandeja, porque yo soy la que servirte siempre quiero.

—Atiende, mujer… No se atrapa moscardón de mi talla con exigencias, sino con sumisiones. Deja eso en la arena, y regresa a la gruía. ¡Presto, sin rechistar! Y dile a Bembo Camorra que acuda al instante.

—Eres malo, y me tratas siempre con…

—¡Desaparece ya de mi vista!

Echó ella a correr ante el gesto amenazador del español, y, como salvaje corza, en veloz carrera dirigióse a la gruta.

—Me cuesta tratarla así, pero ¿soy o no Dago Corsi? Es extraño, pero esta infeliz me hace el efecto de una niña perversa, de poco seso.

—No es tan niña… Bien contados, sobrepasa la treintena. Lo cierto es que está superior…

—Calla y come.

—¿Y Bembo es tan fiero como dijiste?

Luys Gallardo rió con alborozo.

—Bembo es un cobardón que se asusta de su propia sombra. Como un perrazo fiel me sigue hace ya dos años, orgulloso de ser el escudero de un trovador afortunado, ya que bien me pagaban mis

baladas. Me causa mucha gracia ver lo asustado que está allá en la cueva entre tanto lobo, aunque, gracias a mi presentación, se siente gallo.

—Tunante… —refunfuñó Delfín Lechuga, mirando al rollizo escudero acudir corriendo afanosamente—. ¡Y me amenaza a mí, el muy bellaco!

Bembo se detuvo ante Luys Gallardo. Sentíase inquieto.

—¿De cuándo acá, malandrín, desobedeces mis escasas órdenes? Confianzudo te estás volviendo, desde que te crees un traganiños: ¿No te dije que fueras tú quien la pitanza me trajera?

——Es que, como te gustan tanto las mujeres, mi amo, yo…

—Una cosa es desayunar, y otra cortejar, gordito —dijo, suavemente y con fiero mirar, Delfín Lechuga.

Luys Gallardo permaneció silencioso. Bembo, ante el enviado del turco, quiso dejar bien sentada su aparente valentía de Hermano Corso.

Rodó los ojos, frunció la nariz, y con voz cavernosa masculló:

—Cuidado, Rasuni. Te he advertido ya que mato al que con mis carnes se meta.

—Pues que se te meta en las carnes que yo mato al lucero del alba por menos de un ochavo.

Bembo, desconcertado, al ver que para nada intervenía su amo, que, dominando sus deseos de reír a carcajada limpia, fingía dedicarse por entero a desayunar, sacó fuerzas de flaqueza, considerando que se estaba jugando una cuestión de prestigio.

—¡Bellaco osado! —dijo, mostrando los dientes, en mueca que le parecía el colmo de la ferocidad—. ¿Es que no sabes con quién hablas? Hablas con Bembo Camorra, el lugarteniente de messer Corsi, un diablo corso, que se baña en sangre…

Farfullaba ya Bembo, no sabiendo qué decir, al divisar no sólo un burlón regocijo en los negros ojos de Luys Gallardo, sino también la estatura del que, en pie, desenvainando su largo estoque, decía, con torvo gesto:

—En este corral sobra un gallo, Bembo Camorra. Te voy a rebañar la cresta, y vas a comerte fritas tus propias orejas.

—¡Mi amo! —exclamó agudamente el piamontés—. ¡Dile a este… caballero quién soy yo! ¡Se atreve a amenazarme! ¡Se juega la vida!

—¿Y para qué nos dieron la vida, sino para jugárnosla gentilmente, Bembo del demonio? —sonrió Gallardo—. Cese la chunga, Delfín. Envaina, o mi escudero tendrá que cambiarse las calzas.

Envainó «Siete Vidas», y, al unísono con el trovador, empezó a reír infantilmente, acreditando la verdad de que en el alma del más recio aventurero alienta siempre un niño, cuando noble es su fondo.

—En paz. Bembo —dijo, después de reír largo rato—. Ayer me hiciste muecas de perdonavidas, y te respeté por creerte segundo del verdadero ˆDago Corsi. Seamos amigos, tal como somos. Tú, un valiente conejo, y yo un sempiterno gato que araña.

—Cierra la boca, pillo, o te desquiciarás las quijadas —advirtió Gallardo—. Rasuni sabe quién soy, y, gracias a su leal consejo, he evitado que me desenmascararan los piojos de Dago, Corsi. Es ya mi hermano de aventura, y aprecio en mucho su ayuda.

Unas cuantas bromas que con gracejo gastó Delfín al asombrado piamontés, fueron tranquilizando a éste.

—Pero no olvides Bembo, por el aprecio que le tienes a tu cuerpo serrano, que, salvo este instante de fraternidad, sigo siendo Dago Corsi, tú sigues siendo un feroz Camorra, y nuestro amigo, Rasuni, el enviado fiel de Abdul Hamez.

La vigorosa cabeza de Bembo dejó entender que era el primer interesado en que nunca se supiera la verdad.

—Ahora anuncia a los piojos que esta noche les participaré mi plan de batalla y mi magnífica idea acerca de los donativos que en abundancia recogerán los Hermanos Corsos. Y apremia a messer Piero para que esta noche, de regreso de mi paseo por la ciudad, tenga preparada la lista que le pedí de las características de cada uno de los Hermanos Corsos. ¡Mala peste te pudra! —exclamó el trovador, imitando al que suplantaba—. ¡Presto, andando!

Alejóse corriendo Bembo.

Luys Gallardo asió su laúd de plata.

—¿Dispuesto, Delfín? Dos gallos van a cacarear por las calles de Ajaccio.

—Tus espaldas son anchas, trovador, y las ofreces con demasiada generosidad. Déjame de ahora en adelante guardártelas.

—De muy buen grado. Así podré, con más reposo, pulsar el laúd bajo los balcones que trovas pidan. ¡Andando!

Abandonando la playa, iban los dos a penetrar en el sendero que conducía a la ciudad, cuando Delfín Lechuga acariciose las enhiestas guías de su retador mostacho.

—Creo que se aproxima uno de esos momentos que tanto me encantan. Mira allá, trovador. El escuadrón que se acerca lleva estandarte del Podestá… Y no creo que el Podestá italiano movilice sus soldados para invitar a Dago Corsi a un sarao con confites y arrope. Me da el pálpito que dos gallos van a cantar antes de tiempo…

CAPÍTULO III

EL GENIO DIABÓLICO

A ambos lados del sendero que conduce a Ajaccio, uniendo la ciudad con la pastoril aldea de Cornaro, la tierra inculta abundaba en malezas con profusión selvática.

A media mañana, ni un soplo de aire movía la vegetación, pero, no obstante, de vez en cuando unos matorrales adquirían cierta ondulación.

Tras ellos, un hombre revestido por larga capa de capucha, tendido sobre la mullida hierba, parecía dormitar.

Pero Dago Corsi no dormía, aunque a instantes mantuviera cerrados los ojos. Dago Corsi, el que, empezando su celebridad como simple rebelde, había ido gustando la embriaguez del poderío y la fama, también habíase acostumbrado a sembrar por doquier, no sólo el terror, sino el más rendido acatamiento.

Desde su huida del castillo de Montemar, múltiples eran los pensamientos que reñían batalla en su mente.

Pero el principal, el dominante, era que no existía venganza suficientemente dolorosa para el juglar que, a modo de juego, con desplantes despreciativos, había osado suplantarle.

Violento y soberbio, el carácter de Dago Corsi experimentaba la más hiriente vejación: la de haber sido tratado como un bandido de los tantos que pululaban por las montañas corsas.

Cansado porque la más apasionada cólera habíale impedido dormir desde su captura, cerró por fin los ojos, siendo su último pensamiento consciente el de que la precipitación malograba la venganza.

Los aplomados rayos solares del mediodía le despertaron. Sentóse, para pensar que lo primero que necesitaba era un atuendo

con el cual poder deambular libremente.

La capa que había arrebatado a Alicia de Montemar, dejándola a ella bajo el casco, en la mazmorra, no era prenda propicia para hacerle pasar desapercibido.

Por varias veces alguien transitó por el sendero, ignorante de la cercanía del apodado Diablo Corso… Diablo en una isla donde, desatadas todas las violencias, quien más quien menos, tenía concomitancias con el espíritu del mal.

Varias pastoras, regresando de vender sus productos en la ciudad, fueron respetadas, porque sus ropas no servían al bandido agazapado.

Un caminante con trazas de fraile mendicante fue también salvaguardado sin saberlo, por ser bajo y rechoncho.

Por fin, un pastor alto y amplio de tórax, ligadas sus medias con las correas de sus sandalias, anchos los bombachos, y holgada la pelliza de piel, acercábase tocando con alegre brío su caramillo rústico.

Truncáronse las notas de la balada ingenua cuando ante él vio aparecer la alta silueta del que, con rostro mostrando un rictus sardónico, exigió:

—¡Desnúdate!

La exigencia parecióle absurda al pastor. Retrocedió, cerrados los puños.

—Vuestra capa, mi señor, y el lugar donde habéis dormido, significan que esta noche bebisteis en demasía… Dejadme seguir mi camino, y buscaos ropas donde…

El salto de Dago Corsi tenía más semejanza con la acometida de un tigre iracundo, que con el gesto de un ser humano.

Aunque fuerte y ágil, el pastor no pudo evitar la contundencia del impacto con el cual, atenazándolo por el cuello, Dago Corsi lo derribó, para hacer chocar varias veces su cabeza contra el suelo.

Quedó el pastor inmóvil. Dago Corsi lo arrastró entre los vecinos matorrales, abandonándolo allí desnudo, y revestido de sus ropas, llevando bajo el brazo la capa enrollada, descendió el sendero.

Poco después, en las márgenes de un arroyuelo, Dago Corsi arrojaba la inservible capa y el estoque, guardando tan sólo una daga, que atravesó a su espalda, insertándola entre la piel de la pelliza y el cinto del bombacho.

Era un pastor más el que, poco después, en la Piazza Maggiore, acercábase de grupo en grupo, oyendo los comentarios de los que muy diversamente trataban del asunto del día: la unión entre el íntegro condotiero Ugo Paolo Renzo y el Diablo Corso.

—Yo os digo —afirmaba, sentenciosamente un viejo menestral— que si Dago Corsi ha consentido en aliarse con «Faciatosta», tenemos que alegrar el espíritu, Los malditos invasores no entrarán en Ajaccio…

—Y yo sostengo —rebatió un mozalbete, apoyándose en el largo madero que le servía para transportar hogazas de pan— que el diablo siempre será diablo, y cuando en gana le venga pinchará a «Faciatosta», y por retruque nos ahorquillará a todos…

—¡Cállese el ignaro jovenzuelo! —gritó el viejo.

Hizo el aprendiz de panadero un gesto burlón.

Dago Corsi, el hombre cuyo rostro y aspecto sólo eran dibujados por la leyenda, sin que nadie, o escasísimas personas, le hubieran visto personalmente, acercóse a otro grupo.

—… Y tiene razón mi comadre. ¿Quién duerme teniendo al Diablo Corso, con sus demonios, cerca de nosotros?

—Dicen que eligió, con consentimiento de «Faciatosta», la Gruta de Anfitrite por cuartel general. Lo sé de buena fuente, porque mi yerno es soldado del Podestá, y en el palacio saben que esta misma noche todos los puñales de Dago Corsi se han alojado en la gruta:

—Lo que debe ser milagro es que «Faciatosta» y el Diablo hayan hecho migas.

No quiso Dago Corsi oír más. Contraídas las cejas en reflexión activa, encaminó sus pasos hacia el barrio judío.

Samuel Rovizo, primo lejano del hebreo más rico del barrio, lejano par decisión del propio Rubén, ensartaba una aguja guiñando los ojillos lacrimosos.

Su profesión de sastre le producía lo suficiente para vivir cómodamente, pero el gusano, de la envidia roía sus entrañas. Y siempre, mientras acuclillado cosía, remendaba y transformaba viejas prendas con bastante pericia, murmuraba letanías.

Unas letanías que nada tenían que ver con el credo rabínico. En ellas impetraba para su odioso pariente la agonía más cruenta: agonizar harapiento, sin dinero y, sobre todo, abandonado por Zoraida…

Levantó los ojillos de su labor, para mirar al recién llegado. Divisaba bien de cerca, pero mal de lejos.

Vio tan sólo un pastor de alta talla, moreno.

—¿Qué se te ofrece, pastor?

—Tú eres Samuel Rovizo.

—Sí.

—Hace cierto tiempo, aproximadamente unos diez meses, recibiste una recompensa crecida: veinte florines.

—¡Oh, que sí! —exclamó, relamiéndose, el sastre—. En dos horas corté recia camisa de buena tela roja, y de tejido de malla de acero hice calza que…

—Tengo premura de tiempo, judío —interrumpió, autoritaria, la voz de Dago Corsi—. Necesito el mismo atavío, ¿lo recuerdas?

—Sí, mi señor. Pero tendré que mercar botas, malla de acero, tela roja, la capichuela, el hilo de bordar…, y soy pobre…

—Dentro de dos horas, aquí estaré. Recibirás veinte florines. Y, al igual que entonces te dije, ahora te digo: si a mi regreso no tienes la ropa impecablemente preparada, irás a coser al infierno. ¡Y ay de ti, mala peste te pudra, si tu lengua habla de lo que ha de quedar sepultado en tu pecho!

—Descuidad, mi señor, que nadie me aventaja en discreción. Y a nadie nunca hablé de vuestra última visita. Por veinte florines, yo…

Pero Samuel Rovizo estaba ya solo. Diez meses antes había recibido veinte florines de oro, y no quería saber más.

Abandonó su tenducho, para adquirir el material con el que prestamente había de confeccionar el atuendo, que ignoraba ostentaría el Diablo Corso.

Para él, su visitante sería cualquier rebelde montañés…

Necesitaba comprar, pero nadie fiaba en su barrio. Recordó a la única persona que ya en otras ocasiones habíale ayudado.

Poco después, cerciorado de que en el palacio-casona de su primo no estaba el que no quería tratos con él, fue recibido por Zoraida.

—Tu hermosura sólo es aventajada por tu bondad, Zoraida. Tu pobrecillo pariente necesita cuatro florines… Te devolveré cuatro y medio, esta misma tarde, a las seis.

—Hija soy de usurero, pero no practico la usura, pariente Samuel. Habéis venido en buena ocasión. Os prestaré…, sin

devolución…, no ya cuatro, sino diez florines, a cambio de que me prestéis vos un favor que en mucho estimaré.

—¡Tu esclavo, Zoraida! —exclamó, gozoso, Samuel—. Pero… tengo de urgencia un trabajo.

—Puedo esperar, si no venís más tarde de las cinco. Os esperaré en los soportales de la sinagoga. Y ahora, tomad vuestros cuatro florines. Os daré los otros seis después.

Y mientras, Dago Corsi, alzado el cuello de su pelliza de pieles bastas, y abatido sobre la nariz el puntiagudo pico del gorro pastoril, encaminábase hacia la Gruta de Anfitrite.

Penetraba ya en la playa, cuando oyó a sus espaldas el sonoro repicar de muchos cascos equinos.

Reconoció en el estandarte que desplegaba el jinete que iba en cabeza de la formación los colores del Podestá.

Se apoyó en un árbol, fingiendo atarse las correas de una de sus sandalias.

El escuadrón, compuesto por treinta soldados, pasó. A retaguardia iban dos hombres: el propio Podestá, y un condotiero al cual todo el mundo identificaba rápidamente por el velo negro que bajo el casco velaba por entero su rostro, quemado en heroico asalto contra los franceses.

Dago Corsi avanzó corriendo, y poco después, agazapado, deteníase cuando el escuadrón, a una voz de mando, se detenía.

* * *

Luys Gallardo quedóse donde estaba, al detenerse el escuadrón y avanzar Ugo Paolo Renzo acompañado por Giordano Stefano, el Podestá.

Pesadamente, descabalgó el condotiero, permaneciendo a caballo el jefe de policía de Ajaccio.

Desde los sucesos de la noche anterior, el condotiero recriminábase el sentir simpatía hacia el bandido, que habíase imaginado muy distinto. Pero la vida salva de su hermana, y el haberle librado de una emboscada, hacían que Ugo Paolo Renzo empezara a creer que la fama había deformado el verdadero temple del que ahora le contemplaba con semblante risueño.

—Te saludo, Dago Corsi —dijo, opacamente, el condotiero.

—Se te corresponde con agrado, «Faciatosta» —replicó Gallardo

—. Conoces ya a Rasuni, el enviado turco.

Hizo Renzo una breve inclinación de cabeza hacia Delfín Lechuga, que ceremoniosamente aireó su chambergo.

—Giordano Stefano, el Podestá, ha querido oír de tus labios la promesa de alianza que hemos empeñado, Dago Corsi. Además, por motivos que muy fácilmente comprenderás, desea que entre los tres exista una perfecta unión. Soy, pues, a modo de embajador entre vosotros.

Luys Gallardo se personificó en su papel de, Diablo Corso. Miró sin amabilidad al que desde la silla del caballo le, contemplaba can no disimulada curiosidad.

—A solas estoy, aunque a mis espaldas tenga a Rasuni. ¿Tanto urgía el verme, que olvidaste que no me gustan los soldados del Podestá?

Giordano Stefano era el prototipo del hombre político de la época. La psicología del «bellísimo engaño», en que fueron maestros los italianos. En público, genuflexiones, abrazos, juramentos de eterna amistad y de unión; en privado, pactos para exterminar los propios aliados.

Era la psicología reinante, en que cada parte esperaba la hora favorable para suprimir al forzoso aliado, y ambos, conociendo la recíproca malvada intención, disimulaban serenamente.

Por eso, Giordano Stefano se acogió al fácil recurso de la ironía.

—Excusad, messer Corsi, pero es mi obligación ir siempre escoltado par un escuadrón, aunque sólo vaya a visitar a mi propia madre. Exigencias exteriores de mi careo. Ahora que os conozco personalmente —y a la par que hablaba, descabalgó el Podestá—, espero que reine entre nosotros la concordia.

—Como Podestá y mandamás —rebatió, secamente, el trovador —, no puedes serme agradable.

Sin desconcertarse, Giordano Stefano ondeó la mano gentilmente.

—Olvidad lo pasado, messer Corsi. Yo cumplía con mi deber, al pretender, en vano, capturaros. No ignoraba que, al verme, fuerais conmigo algo mordaz. Pero ahora sólo tenemos un interés en común: defender Ajaccio del próximo ataque invasor. Os cedo la palabra, Ugo Paolo Renzo.

—Debo reunirme con mi estandarte en el castillo del Duino,

messer Corsi. Perdonarás, pues, la brevedad. El Podestá respeta tu decisión de ocupar como cuartel general la Gruta de Anfitrite. Por el instante, yo, en la línea defensiva de los castillos de Montemar y Duino, propondré alianza a los condotieros libres y a las cafas principales, y tú, en la Gruta de Anfitrite exigirás acatamiento a los capitanes bandoleros, dándoles promesa de no ser perseguidos por el Podestá; nada más nos queda por hacer ahora. Esta tarde, los pregoneros seguirán proclamando muestra alianza, para el bien de Córcega. ¿Es o no éste el acto que hemos concertado?

—Éste es, «Faciatosta».

—Ahora podéis vos, Podestá, exponer vuestra oferta.

Giordano Stefano asumió un aire conciliador:

—Es natural, messer Corsi, que vuestros hombres reciban estipendio…

—El estipendio de mis piojos es cosa que de mí depende, Podestá. Pero como la presencia de «Faciatosta» me inclina a ser benévolo, os expondré a los dos mi idea. Todo el mundo desea que cese la inercia de los patriotas frente al ataque invasor. Hasta hoy, ¿quiénes han dado la cara? Locos idealistas como éste —y Luys Gallardo señaló al condotiero— y valentones como yo. Ha llegado, pues, la hora de que cuantos se quedan protegiendo sus cofres, que es la patria para ellos, nos ayuden. El Gran Maestre decreta diezmos tributarios para pagar soldados. Yo he decretado que los principales cofres de Ajaccio paguen un diezmo para encender en los pechos de mi rebaño el ardor patriótico. Y ahora me disponía a recorrer la ciudad para enterarme de quiénes serán los primeros a contribuir al sostenimiento de la fuerza alojada en la Gruta de Anfitrite. ¿Te parece mal, Podestá?

—Me abstengo de comentar, messer Corsi —dijo, diplomáticamente, el jefe de policía—. Os ruego tan sólo que, en lo posible, evitéis inútiles derramamientos de sangre. También os ruego que, cuando gustéis, os sirváis visitarme, pues tengo que tratar con vos dos puntos importantes.

—Cielo por techo, playa por paredes, maleza por mobiliario, ése es mi palacio, que reino por todo Córcega, Podestá. No tengo que visitarte, y, puesto que aquí estás habla.

Deslizó el Podestá una inquieta mirada hacia el condotiero. Ugo Paolo Renzo, que sabía por experiencia que los medios para

conseguir un fin noble eran a veces tortuosos, apartóse, tirando a su caballo de la brida.

Giordano Stefano aproximóse, y su voz se hizo untuosa:

—¿Puedo saber la razón por la que os acompaña un enviado que vos mismo habéis presentado como procedente de tierra turca, messer Corsi?

—A su debido tiempo lo sabrás. Doy explicaciones cuando me place, no cuando me las piden.

—Bien… El segundo punto es el siguiente: ¿concedéis mucho interés a que siga viviendo Filipo Ferrante? Es vuestro principal enemigo, y os ha declarado la guerra.

—Y tú, ¿tienes interés en que críe malvas enterrado?

—Os seré sincero: sí…

—Filipo Ferrante es uno de los cuatro capitanes a los que he convocado. Su vida me pertenece… y puedes ahorrarte el trabajo de darle muerte. Posiblemente yo me ocuparé de ello. ¿Eso es todo?

—Sí, messer Corsi.

—Entonces, ya puedes llevarte tus lacayos armados.

Fue ahora Giordano Stefano el que se alejó. Luys Gallardo aproximóse al lugar donde la robusta figura del condotiero, ya a caballo, tenía arrogancia de estatua.

—¿Todo a tu gusto, «Faciatosta»?

—Por ahora, no tengo queja.

—¿Madona Sandra?

—Ha decidido ingresar en convento.

—¿Madona Altiera?

—Partirá mañana a su castillo.

—Serás, pues, su vecino. Espero oír pronto las nuevas del enlace Altiera de Montemar con Ugo Paolo Renzo.

* * *

Volvieron grupas los jinetes. Partió el escuadrón, y a retaguardia, el Podestá, ya lejos del oído de los dos que atrás quedaban, comentó:

—Ser patriota tiene duros deberes, messer Renzo. He tenido que soportar la soberbia insolencia de este maldito Diablo Corso.

Limitóse el condotiero a encogerse de hombros.

* * *

—¡Maravilloso, excepcional, portentoso! —alabó Delfín Lechuga —. No creo que ni el propio Dago mejorara tu representación del bandido enemigo de todo mandamás. Y han quedado dos puntos sin aclarar: el meloso Podestá quería saber qué pinto yo a tu lado, y tiene especial interés en pasaportar a Filipo Ferrante. Es interesante tu juego, Luys.

—Dejará de serlo si te olvidas de que soy Luys Gallardo, para recordar que estoy tratando de valerme de la tenebrosa fama de Dago Corsi, para bien de los demás.

—Vuestro servidor, messer Corsi —dijo Delfín Lechuga, remedando la untuosa voz del Podestá.

Alejáronse los dos hombres…

De la maleza surgió la figura de Dago Corsi. Llameaban sus ojos, y su diestra manoseó la empuñadura de la daga, mientras miraba las amplias espaldas donde el laúd de plata reverberaba al sol.

Dio media vuelta, dirigiéndose a los peñascos de la Grata de Anfitrite.

* * *

Piero Bassano escribía, escribía afanosa e incansablemente. Cuando su pluma rasgueó el párrafo: «… y en este día, los Hermanos Corsos nos hemos trasladado a la Gruta de Anfitrite, en espera de los acontecimientos que harán para siempre famoso el nombre de Dago Corsi», consideró que había escrito páginas de una vida que le daría fama como biógrafo.

Dobló las hojas, las introdujo en el amplio bolsillo delantero de su hopalanda de astrólogo, y, ajustándose el picudo bonete, abandonó la concavidad, iluminada por sebosas velas, donde habíase aislado, y dirigióse al exterior.

Fredo y Bucco, los dos segundones, no le cerraron el paso. Nadie podía salir de la gruta, pero el astrólogo tenía el privilegio de poder hacerlo.

Bembo, atareado en confeccionarse un asado voluminoso que saciara su siempre despierto apetito, no vio salir a Piero Bassano.

Poco después, en la playa, donde, para descansar, el supuesto astrólogo buscaba por la arena conchas que le sirvieran para

preparar sus filtros, hizo una rápida cabriola al ver una sombra agigantarse a su espalda.

El estilete, que ya empuñaba desnudo en su diestra, volvió a enfundarse, y Piero Bassano hizo una genuflexión.

Sabía que nunca debía preguntarse el porqué de lo que hacía el Diablo Corso. Y por eso no indagó los motivos por los que, habiendo salido de la gruta con su habitual atavío, vistiera ahora Dago Corsi toscas ropas de pastor.

El afilado y maligno rostro de Bassano demostró un creciente temor.

El silencio de su jefe era ya de por sí impresionante. Pero lo que le daba temblores era observar como los rasgos faciales de Dago Corsi ostentaban un paroxismo de furor reconcentrado.

—¿Quién doy?… —preguntó, de pronto, Dago Corsi.

Escupió las dos palabras, y crujieron sus dientes…

—Eres…, mi amo, el dueño de la voluntad de los Hermanos Corsos —balbució Piero Bassano.

Un violento espasmo contrajo las viriles facciones de Dago Corsi, empujando al que debatíase ya en principios de asfixia.

Cayó al suelo, resollando, aspirando ávidamente aire, el que, desde la arena, juntó las manos, como rezando:

—¿En qué te he faltado, mi amo? —gimió entrecortadamente.

—Debería pisotearte, debería machacar tu cráneo estúpido. ¡Mala peste te carcoma, messer Piero! ¡Ponte en pie, presto! ¿Es que no has sabido adivinar que hace ya dos días con sus noches que el hombre al cual todos acatáis no era yo? No, messer Piero, no soplan brisas de locura en mi mente… ¿No ves? Ya me estoy calmando… ¿Soy o no el genio demoníaco? ¿Merezco o no el apodo de Diablo Corso? Hay un histrión, un mísero trovador, que, valiéndose de su exacto parecido conmigo, mató a Rodrigo Camorra, me apresó a traición, y por juego, sintiéndose redentor, ha decidido sustituirme… El más común de los hombres puede matar. Pero mi genio exige una venganza de mi talla, messer Piero. El trovador ha creído que podía jugar conmigo… Lentamente, le conduciré a tenerse horror a sí mismo… Verá que lo que a juego de juglar se ha tomado, le hace ser responsable de mucha sangre… Y cuando sufra de eso que los demás llaman remordimiento, entonces…, aplastado su ánimo, le prodigaré torturas físicas interminables… ¡Sabrá

pronto Luys Gallardo quién es el Diablo Corso!

CAPÍTULO IV

EL DESAFÍO

Poco a poco, la evidencia iba haciéndose en la confusa mente de Piero Bassano. Comprendía ahora por qué el suplantador habíale pedido la narración escrita de cuanto había hecho el verdadero Dago Corsi.

Y con precipitación, aunque meticulosamente, fue relatando cuanto había sucedido durante la ausencia del que le oía.

Esperó con ansiedad la decisión del Diablo Corso, aunque sin poderlo remediar, expresó su opinión:

—Imposible es diferenciaros a los dos, mi amo. Sois en voz, en gesto, en apostura, totalmente idénticos.

—¡Ay de ti, miserable, si tal afirmación repites! El trovador tendrá conmigo semejanza física. Pero su cerebro es tan inferior al mío como lo es el tuya. Escucha, micer Piero: nada dirás de lo que sólo tú entre todos los Hermanos Corsos sabe. He decidido convertirme por corto tiempo en la sombra del trovador. Donde él vaya, con afán de redentor, acudiré a dejar bien ahincada mi fama de implacable, que no puede tener debilidades de piedad. Y aquí, en esta gruta, necesito estar presente, sin ser reconocido. Poco durará la farsa, micer Piero, lo suficiente para que con rúbrica de sangre tache para siempre de mi historia, la odiosa burla que ingenió el trovador maldito. Represaré ahora a Ajaccio, donde una capa cubrirá mi atavío a los ojos del usurpador, y me servirá para entrevistarme con Altiera de Montemar y Alessandra Renzo, sus favorecidas. Llorará amargamente el que galante se sintió… ¿Has pensado ya en cómo, cuando en al gruta esté el trovador, podré yo estar también?

—Lorno, mi amo.

—¿Qué le sucede?

—A raíz de que le cortaste orejas y lengua, languidece. Siente continuos fríos y creo que poco durará, mi amo. Va envuelto en gran manta, y…

Dago Corsi hizo un gesto peculiar. Se pasó el índice por la garganta.

—Seamos humanos, micer Piero. Lorno agoniza, y debemos evitarle inútiles sufrimientos. Cuídalo… Que te oigan los demás, recomendarle el uso de hilas empapadas en el rostro. Después, antes de que anochezca, córtale el gaznate, y arrójalo al mar. Guarda su manta y con hilas cubriré mi rostro, para ser Lorno en la gruta. ¡Nunca imaginó el trovador que su juego iba a tener un epílogo tan distinto al que desea!

Crispó Dago Corsi los labios, al ver que surgiendo de una de las salidas de la gigantesca gruta, aparecía la maciza silueta de Bembo, el piamontés, que daba fin a una asada pierna de cordero, arrancando de ella bocados que placenteramente masticaba con ruido.

—Éste es el hombre, mi amo, que nos ha impuesto por lugarteniente tu… imagen viva.

—También le llegará su momento y maldecirá el día en que nació. Por ahora, micer Piero, obedece en todo al otro, y permanece atento a mi llamada: silbaré como el búho.

Alejóse apresuradamente Dago Corsi.

Poco después, Bembo, viendo acercarse a Piero Bassano, sintióse dispuesto a demostrar que en ausencia del jefe, él le reemplazaba.

—¡Ven acá, mansurrón! —gritó, agitando el hueso descarnado.

Con torva sonrisa, aunque humilde el aspecto, Piero Bassano, entrecerrados los párpados, se detuvo ante el piamontés.

Bufando, con voz cavernosa, Bembo masculló:

—¿No oíste la orden? Nadie sale de la covacha, que así lo ordenó mi amo.

—Deberías saber, «Bembo»… «Camorra», que Dago Corsi hace tiempo dejó dicho que yo puedo salir y entrar siempre que me place, porque soy el mago curador de dolencias. Hago filtros y salgo a veces en busca de conchas, algas y hierbas, que me sirven para mis mágicos brebajes.

—No me gusta tu mirada, mago. Me ojeas como si algo te

divirtiera, pero con diversión diabólica. Ten cuidado o te deslomaré… ¡que los que me miraron con audacia, pagaron con la vida su temeridad!

Tirando el hueso, alzóse Bembo con las dos manos la faja que flojamente sostenía sus calzas. Al irse al interior de la gruta el astrólogo, escupió el piamontés, complacido.

Le encantaba ser obedecido… y temido, por ser sensación desconocida.

* * *

—Si mal no he captado tu idea, messer, nos disponemos a introducir en el meollo de los adinerados que para defensa de sus cofres, preciso es que suelten diezmo, ya que más vale perder diez monedas que cien… Y empleo el messer para designarte, porque encaja en tu apostura, que aun cuando con voluntaria plebeyez se muestra, no puede ocultar algo indefinible que muy señor te hace.

—El hecho de que ambos seamos huérfanos, no debe hacerte incurrir en la popular creencia de que soy marqués disfrazado de trovador, o procedo de príncipes que quieren conservar oculta mi venida al mundo.

—Las creencias populares tienen mucho fundamento, messer, y déjamelo decírtelo, porque soy de pueblo —manifestó Delfín Lechuga, andando pausadamente por la calle de acceso a la ciudad de Ajaccio y lanzando a diestro y siniestro ojeadas de benévola misericordia—. Comprende que si fueras de humilde cima, no tenían por qué darle misterio a tu nacimiento, eme…

—Hablemos de otra cosa, ¿quieres, Rasuni?… Tus muchas andanzas te habrán dado gramática parda. Si deseabas saber prontamente cuáles son las principales fortunas, en ciudad que desconoces, ¿a dónde encaminarías tus pasos?

—Al barrio judío, messer.

—Extirparle a un hebreo una onza es heroísmo sin par, Rasuni.

—Extírpale sólo media onza, asegurándole que no le vaciarás el cofre si te da cabal lista de los prohombres por riqueza. Es informe que sabrá darte sesudamente, equivocándose en escasos ochavos.

—Tienes razón. Ya que de segundo quieres servirme, veamos tu pico.

Delfín Lechuga, con su paso de gallo retador, alzada la larga

capa carmesí por la punta de la espada se aproximó a un transeúnte, que al verle cerrarle el paso, miró inquieto en rededor…

—Hola, buen corso. Forastero soy, como podéis ver. ¿Dónde se afinca el barrio judío?

—Siguiendo esta calle, caballero, llegaréis a plazoleta en cuyo centro hay angelote bufador que sopla agua. La calle con entrada de arco conduce rectamente al barrio por el que pedís.

—Enormemente agradecido, buen corso. Y ¿cuál es el prohombre judío en lo tocante a «sonantas»? —Y en gesto universal, Delfín Lechuga se frotó el índice y el pulgar.

—Rubén Rovizo, caballero.

—Os saludo, buen corso. —Y el chambergo de Lechuga ondeó.

Alejóse el informante con paso presuroso. «Siete vidas» acomodó su zancada a la del trovador.

—Preguntando se va a Roma, messer. Y hablando de todo un poco, te he de comunicar que al final de esta semana, una lancha vendrá a darme las órdenes de Abdul Hamez, y recoger mis informes.

—Tiempo nos queda para pensar en ello. El Azar ha puesto en mi camino la ocasión de hacer una obra artística, Rasuni.

—¿Deshinchar el sapo venenoso que es Abdul Hamez y convertirte en amo de tres galeotas, cuyos bancos de forzados, son ocupados por cautivos?

—Ésta es empresa que me propongo, pero parte tan sólo de mi vasto propósito. Quiero desbrozar a los Hermanos Corsos; quedarme con los valientes que sean sencillas bestias sin maldad y quitar de en medio a los semejantes de Dago.

—¿Cómo?

—Lanzándolos a empresas suicidas, tales como por ejemplo, abordar desde el agua y a nado, las tres galeotas.

—Magnífico —aprobó Delfín Lechuga—. He aquí la plaza del angelote que finge surtidor. Aquel arco nos da entrada al barrio judío. No estará de más, siguiendo mi vieja costumbre, que por dos bocas obtenga doble informe. Aquella ajada señora que rellena su búcaro de agua, será, muy sensible a mi galantería.

El enviado turco aproximóse a la fuente del surtidor y destocándose, saludó gentil y rendidamente a una cuarentona de vistosas ropas, que presentaba al chorro el ancho cuello de su

búcaro.

—Pleitesía os doy, madona. Como forastero, os suplico tengáis a bien decirme si voy atinado en suponer que es éste el barrio judío.

—Lo es, señor —rió la jamona, colocándose el búcaro en la cadera—. Recojo agua porque se enfermó la criada —consideró necesario aclarar.

—Hago votos para que sane la moza y vos vengáis a recoger agua, que adornáis esta fuente.

—Labia de miel tienes, forastero.

—Y tú rebosas almíbar, hermosa.

—No te pongas tierno, Rasuni —intervino Gallardo—. Tenemos prisa.

—Calle el trovador —dijo ella, con desgaire—. Vaya a cantar a otro lado, que a gusto nos hallamos el caballero y yo.

—Luego volveré —prometió Delfín Lechuga, dedicando incendiarias miradas a la mujer—. Dime, ¿quién es el más rico de allá?

—El padre de Salomé.

—¿Y quién es Salomé?

—Zoraida Rovizo, la niña que mejor baila y que trae locos a los señores. Yo vivo en aquella casa, ¿sabes?

——Ahora ya lo sé, preciosa. Hasta luego.

Ya cruzada la entrada al barrio hebreo, Delfín Lechuga, ante el silencio burlón del trovador, creyó necesario explicarse:

—Yo soy de poco vuelo poético, messer. Las dulcineas no sólo no me inspiran, sino que no me atraen, porque ha tiempo aprendí a no vivir de ilusiones sino de realidades. Me agradan las maritornes y las mozas de partido, que, como las gallinas, cuanto más maduras, mejor caído…

—Cada uno con su ilusión, Rasuni.

Fue ahora Luys Gallardo el que a un mercader que extendía sus baratijas sobre tapiz en el suelo, preguntó:

—¿La casa de Rubén Rovizo, amigo?

—No tiene pérdida, ya que su nombre está en banderola que cuelga sobre el umbral. Y al extremo de esta calle está.

Divisaba ya Delfín Lechuga la banderola citada por el mercader, cuando al desfilar bajo un soportal, ladeó el brazo diestro, separando su capa, y en silencio aprobó el gesto con el cual también

Luys Gallardo acababa de ponerse en guardia.

Seis hombres, uno de ellos de juvenil rostro y negro cabello plateado en las sienes, cerraban el paso.

Y el de sienes canosas, fiero el semblante, anunció:

—Así te quiero, Dago Corsi. Frente a frente. De los dos hace tiempo que en Córcega sobraba uno. Veamos si frente a un hombre de verdad, y lejos de tus asesinos, cumples tu amenaza. Aquí estoy, y de este soportal, uno de los dos no saldrá con vida.

CAPÍTULO V

FILIPO FERRANTE

Luys Gallardo, ignorante de quién era el que con salvaje firmeza serena acababa de retarle, confundiéndolo con Dago Corsi, dijo, risueño:

—Tengo muchos quebraderos de cabeza y no tomes a mal que en estos momentos no te recuerde. ¿Quién eres?

—Tus zorrerías son ahora desplazadas. La gente es muy prudente y se ha ido al veros. Que tu acompañante se quede quieto y quietos se quedarán los míos. Es duelo a muerte entre tú y yo, tan sólo… —Repito mi zorrería. ¿Quién eres tú?

—¡Bien lo sabes, Corsi! ¡Soy Filipo Ferrante! —dijo, con altanería, el capitán de «Los Cincuenta de Bastelica».

—Encantado de conocerte —rió Luys Gallardo, secundado por Delfín Lechuga.

—Ríe, Dago… Veremos quién reirá cuando hablen los aceros.

—¿Qué agravios tienes?

—Gustoso los declino. Te admiré hace años, cuando empezaste tu lucha contra los genoveses. Eras mi ídolo. Te creí un valiente patriota. Después, me horrorizó tu bestial complacencia en el mal. Bien merecido tienes el apodo de Diablo Corso.

—¿Acaso eres tú un ángel?

—Capitán soy, y rebelde a la ley. Pero no mato con crueldad, ni me ensaño con inocentes.

—Vaya… Simpático el mozo, ¿verdad, Rasuni? —susurró Gallardo. Y alzando la voz, añadió—: Te di cita, Filipo Ferrante.

—Contesté.

—No recibí tu respuesta.

—Mis cinco, compañeros encerraron a las cinco ratas que

enviaste como emisarios, en pellejo con gatos, que así trato yo a tus emisarios.

—Magnífico —sonrió Delfín Lechuga—. Una respuesta genial.

—Tus sonrisas no pueden engañarme, Corsi —silabeó Ferrante —. Desenvaina, que aquí estoy.

—Ya lo sé, Filipo Ferrante. Pero esta tarde estoy de buen temple. ¿No quieres saber por qué te invité a verme?

—De ti sólo el mal espero.

—He pactado alianza con «Faciatosta». He decidido enmendar mi camino. Quiero borrar mis malos pasos.

—No te creo.

—Mis piojos se reúnen en la Gruta de Anfitrite. En lo sucesivo, sólo servirán los intereses de Córcega. En este mismo instante, me disponía a principiar la colecta del diezmo que impongo a los ricachos, por la forzosa ociosidad de los Hermanos Corsos en espera de la invasión que sabremos rechazar si nos unimos. No es, pues, hora de matarnos, Filipo Ferrante.

El joven bandolero examinaba a Luys Gallardo con recelo. La abierta sinceridad risueña del trovador era convincente.

Pero rezongó:

—¿Temes, acaso, porque me respaldan cinco compañeros? —Y sin volverse, vigilando las manos que Gallardo mantenía pendientes a los costados, Ferrante ordenó—: ¡Marchad y deteneos a tiro de ballesta! ¡Quede tan sólo Curzio! Así soy yo, Dago Corsi —dijo el joven con jactancia, mientras disciplinadamente, cuatro de sus compañeros íbanse—. Para matarme contigo, me sobran reaños.

—Empléalos para vivir conmigo. No tengo ningún interés en pelear, Ferrante. Quedará tiempo si insistes. Debes comprender que he sufrido un cambio total, cuando el propio «Faciatosta» ha consentido en pactar conmigo.

Lo que empezaba a convencer al joven bandolero de la posibilidad de una transformación en el que antaño fuera su ideal, era que conociendo el soberbio carácter de Dago Corsi, éste no hubiera estallado en frenesí colérico ante el desafío, y la notificación de la respuesta dada a su invitación.

—Quisiera creerte, Dago Corsi…

—Inténtalo. Ver es creer, Filipo. Reúne tus hombres y hazles acampar donde quieras. Los días hablarán mejor que yo. Y ahora

déjame seguir camino hacia la casa de Rubén Rovizo.

—¿Eh? —Y el joven bandolero crispó los puños.

El motivo de sus frecuentes paseos por Ajaccio, era que desde cierto tiempo sentía indefinible atracción hacia una hebrea, que supo era Zoraida Rovizo, y que desde su balcón limitábase a mirar dulcemente, como si aguardara…

—¿Y qué tienes tú que hacer en casa de los Rovizo?

—Creo que te excedes, Filipo. No abuses de mi buen temple, para tratar de cosquillearme.

—¿No me ofreces unión? ¿No quieres pactar un provisional cese de hostilidades? ¿No te reté a muerte, cara a cara, hombre a hombre, y tú, el Diablo Corso, me hablaste mesuradamente, casi con amistad? ¿Por qué, pues, si nada tenebroso te lleva a casa de los Rovizo, no me lo dices?

—Ven conmigo y allí verás a qué voy.

—Cuidado, Dago Corsi. No fío de ti.

—No me importa. Yo voy a lo mío.

—¿Y qué es tuyo en casa de los Rovizo? —preguntó, fruncido el ceño el melancólico bandolero.

—Nada por ahora. ¿Cedes el paso, Filipo?

—Te acompaño.

—Propia actitud de mi primer aliado en la fauna rebelde. Antes dijiste repetidamente que tú eras «asá» y «así». Pues yo también tengo mis ínfulas, Filipo. Y como por muy entero y cabal te juzgo, allí van mis espaldas.

Echó a andar el trovador.

Emparejó al suyo su paso, Filipo Ferrante, que, entre dientes, avisó:

—Hay en casa de Rubén Rovizo, su hija.

—Cosa muy natural. ¿Dónde mejor puede estar una hija que junto a su padre?

—Te reputan propicio a sangrientas ironías, Dago Corsi. Quiero notificarte que Zoraida Rovizo… tiene fama de honestísima… y por si ello fuera poco… ¡mi espada la defiende!

—Mosca… —sonrió Gallardo—. ¿Y quién la ataca? ¿Es tu prometida?

—Te dije que era honestísima, y yo sólo soy un bandolero.

—Ah… Romántica actitud, ¿no? —Y Luys Gallardo miró de

soslayo, con agrado, al joven Ferrante—. Por mí no te acalores, Filipo. Por bella que sea Zoraida, tengo ya mi dama.

Tras ellos dos, mirándose desafiantes, prestos a acudir al golpe. Delfín Lechuga y el llamado Curzio cumplían su misión de guardaespaldas.

Detuviéronse Gallardo y Ferrante ante el umbral donde colgaba banderola con las palabras bordadas: «Rubén Rovizo».

—Aguarda. Rasuni —indicó Gallardo.

—Espera, Curzio —ordenó Ferrante.

Y alzando la diestra, Luys Gallardo hizo repicar con fuerza el aldabón.

* * *

El encargo que Zoraida Rovizo, agotada ya su pudorosa espera, deseaba encomendar a Samuel, era discutir la posibilidad de que el sastre se congraciara con Filipo Ferrante.

Aguardaba con cierta impaciencia la hora de la cita, cuando desde su balcón divisó la apuesta figura del joven bandolero, que acompañado por cinco individuos, más jóvenes que él, dirigíase al otro extremo de la calle, andando con presuroso paso.

No obstante, como atraído a su pesar, Filipo Ferrante miró hacia el balcón. Y quizá porque avisado de que se acercaba Dago Corsi, presentía que de no serle favorable el destino, iba a morir… sonrió hacia la que hasta entonces habíase limitado a mirar con fugaz intensidad.

Y Zoraida, sintió que su corazón repicaba con violencia, ante lo inusitado. El hombre de triste semblante, de ojos melancólicos, aparecía repentinamente iluminado por la rara sonrisa…

Quedóse alelada, como transportada a regiones de ensueño… Y la sacó de su abstracción la voz de su padre:

—Me apena verte petrificada como estatua inerte, hija. No deberías pasar tus días en… espera del joven que has elegido, muy a mi pesar, aunque como yo te quiero, respeto…

—Me ha sonreído, padre.

—¿Quién? —inquirió, asombrado, Rubén Rovizo.

—Él, Filipo Ferrante. ¡Mirad! ¡Ahí viene!

—¡Cierra tu balcón! ¡Pronto! Si viene… vendrá con mala intención —resolló, asustado, el judío.

¿Y si Filipo Ferrante conocía ya su oferta al Podestá? Decíase que muchas bandoleros tenían espías en todos los palacios. Que a veces eran secretos amigos de grandes personajes.

Sudoroso, Rubén Rovizo, emitió un sonido parecido a una queja, cuando alborozada, con vehemencia, su hija exclamó más tarde:

—¡Ante la puerta está, padre!

Los sonoros aldabonazos repercutieron en la cabeza de Rubén Rovizo como puñetazos rencorosos.

—¡No se abre! —gimió—. ¡Esta casa no… puede ser profanada…! ¡Te conmino a que recuerdes que eres virtuosa doncella que…!

—Padre… ¿Abrís vos, o lo hago yo?

—¡Es un bandido, Zoraida!

—Es un patriota, padre. Y… no creo que acuda con mal fin… Se impacienta, aunque no es él quien golpea.

Lamentó Rubén Rovizo su orden de que nunca acudiera a abrir ninguno de los tres componentes de la servidumbre: cocinera, pinche y lacayo.

Siguió tras su hija, y por vez primera, perdido el control, sin saber si correr a esconderse o sujetar a Zoraida.

Abrió ella la puerta, y echándose a un lado, agradecida a la penumbra del vestíbulo, invitó:

—Entrad, caballeros.

Luys Gallardo dio unos pasos, mientras tras él, Filipo Ferrante, evitando mirar a la que también hurtaba sus ojos a la atracción, avanzaba hacia el atribulado judío.

—Ruego que indiquéis a vuestra hija la conveniencia de retirarse, Rubén Rovizo. Tengo que hablaros privadamente.

—¿Quién sois? —inquirió Rubén, esforzándose por adoptar voz firme y gesto altivo.

—Dago Corsi —dijo Luys Gallardo.

Rubén Rovizo vaciló. Llevóse las manos a la garganta… Retrocedió dos pasos y apoyándose en una mesa, gimió:

—¡Soy un pobre y honrado patriota, messer Corsi! ¡Siempre me he sentido vuestro admirador! Amigo soy de todos vosotros. ¡Sí, messer Ferrante! —exclamó, buscando apoyo en el elegido por su hija—. Mi hija siempre os admiró…

—Padre —intervino ella, sonrojada, adelantándose, y su esbelta

y anfórica figura colocóse entre el que temblaba abyectamente y el trovador, dando frente a éste—. Al oíros llamar, messer Corsi, supuse que erais compañero de… del capitán Ferrante. Por eso nuestra puesta os fue abierta. ¿Qué deseáis?

—El capitán Ferrante deseaba comprobar que mi visita nada tenía de peligroso paro vos. Aquietaos, y que recupere su nacarada blancura vuestra tez de porcelana. Que vuestros negros ojos no ostenten vehemencia, sino amabilidad. He venido a tratar de negocio fructífero con vuestro padre. Miradme bien.

¿Acaso veis en mí amenaza ni intención dañina?

—Laúd y palabras son de trovador, pero por doquier seréis recibido con desasosiego y zozobra, messer Corsi, porque mucha sangre vertisteis y mucho mal habéis…

Filipo Ferrante, impulsivamente, avanzó colocándose al lado de la muchacha. Su actitud era claramente defensiva…

Luys Gallardo sonrió, íntimamente regocijado:

—Tras doble barrera no apercibo a quien vine a visitar. Aparta, Filipo Ferrante. Ya te dije que ningún mal le deseo a tu… romántica ilusión callada… que ya no lo es. Y vos, Zoraida, creedme, si os digo que luzco ahora laúd de trovador, porque he decidido enmendar los malos pasos de Dago Corsi.

Creyó Rubén Rovizo en la posibilidad de la influencia fascinadora de su hija. Creyó también en lo más posible: Dago Corsi podía necesitar ayuda financiera, y solían ser generosos los bandidos cuando preferían venir solos, sin saquear.

Recordó el rumor popular…

—He oído, messer Corsi, que alianza pactasteis con «Faciatosta», para bien de los ciudadanos pacíficos. ¿Os puedo servir?

—Y mucho. ¿Sabéis lo que es un diezmo?

—Sí —reconoció, palideciendo, el judío.

—Vine con intención de haceros comprender que por defender vuestros cofres, tanto de vos como de los que poseen abundante fortuna…

—¡Mísero de mí! —Hipó Rubén Rovizo—. Pobre soy y…

—No mintáis, padre, a quien no miente. Messer Corsi necesita dinero y vos lo tenéis. Si lo pide, no le impulséis a que lo robe.

—¡Mi ruina! —gimió Rovizo.

—Dad gracias al capitán Ferrante, Rovizo —dijo, con sequedad,

el trovador—. Requiero su alianza, y como sé que no le agradaría que yo impusiera extorsión al que tiene la desgracia de ser muy rico con exceso, pero que tiene la fortuna de poseer hija por la que Filipo Ferrante suspira calladamente… os saldrá a poco precio mi visita. Vais a darme lista de los diez personajes más ricos en oro y más pobres en escrúpulos de Ajaccio. Si vuestra lista es acertada, no me veréis más. ¿Os place el excepcional trato?

—¡Vuestro eterno agradecido, messer Corsi! Tened la bondad… Precededme y en mi salita os detallaré lo que deseáis.

Quedaron solos en la antesala Zoraida Rovizo y Filipo Ferrante. El fiero capitán de bandoleros y la decidida e inteligente doncella, miraron hacia lugares distintos.

El silencio llegó a hacerse opresivo, como si fuera una tercera persona, que calladamente muchas cosas expresaba.

Por fin. Zoraida, con tenue voz, murmuró:



—Gracias por haberme defendido, capitán.

—Decían que era vuestro mortal enemigo, capitán.

—Lo era. Pero me necesita ahora.

—¿Tenéis… tenéis persona grata en Ajaccio?

—No… Bien… ¡Ahora sí!… Admiro el valor con el que defendisteis a vuestro padre. Yo no… no vine a saquear… Yo quería cerciorarme de que era cierto, lo que aseguraba Dago…

—Gracias por haberme defendido, capitán.

—Nada hice… ¡y mi vida daría por evitaros la más insignificante molestia!

—Me llamo Zoraida.

La puerilidad de la conversación tenía profundas resonancias elocuentes en ambos corazones.

—Filipo… —declaró el bandolero. Y su rara sonrisa dulcificó los duros rasgos de su varonil semblante.

Los negros ojos de la hebrea miraron aterciopelados por infinita ternura, al jefe de «Los Cincuenta de Bastelica».

—Los pregoneros cantan que «Faciatosta», aliado con Dago Corsi, da carta de patriotas a los… jefes rebeldes que con él se unan.

—Eso dicen, Zoraida.

—Sí, Filipo.

Los dos nombres fueron pronunciados con golosa fruición, como si ambos paladearan manjar exquisito.

—Entonces… vos estaríais en Ajaccio, Filipo.

—Sí, Zoraida. Y… ¿puedo solicitar de vuestro padre el permiso para visitar… visitar la casa?

—¡Lo tenéis! Naturalmente, mi padre accederá.

En la salita, donde Rubén Rovizo solía alinear cifras y restar intereses de las sumas prestadas, el judío escribía con firme pulso.

Luys Gallardo contemplaba a la pareja que, en la cercana antesala, ofrecía la exacta personificación de un enamoramiento absoluto.

—Ésta es la lista, messer Corsi.

—Mi visita os ha salido barata, Rovizo. Acaso un maravedí de tinta, y un leve desgaste de pluma. Tenéis semblante de avispado. ¿Sabéis que vuestra hija… presenta síntomas alarmantes de estar muy enamorada del capitán Ferrante?

Hizo el judío un gesto evasivo.

—¿Sabéis que por alianza con «Faciatosta», mis capitanes son gente patriota y considerada?

—Lo supe por los pregoneros.

—Entonces… ¿Veis inconveniente en un posible enlace?

—No he de oponerme, messer Corsi.

—Vuestras pupilas no me convencen. Fijaos bien caí lo que os anticipo, Rubén. Detesto a los que ponen obstáculos en ajenos

amores…

—Es mi hija, messer Corsi.

—Él es valiente, noble y leal. Basta… Y por si no bastara, lo digo yo, y sobra.

—Lo que vos digáis es ley, messer Corsi.

Y a la indicación del trovador, Rubén Rovizo abandonó la salita. Carraspeó porque ni su hija, ni Ferrante, ensimismados, le oyeron llegar.

—Atendiendo a la recomendación de messer Corsi, capitán Ferrante, me es grato ofreceros mi casa, para que siempre que gustéis nos honréis con vuestra visita.

—Gracias, señor. ¿Puedo visitaros esta tarde al crepúsculo?

Asintió el hebreo, mirando respetuosamente al trovador.

Luys Gallardo dirigióse hacia la puerta. Iba a cubrirse, cuando en su brazo se posó la mano de Zoraida Rovizo.

—Vuestra actitud, messer Corsi, desmiente lo que de vos dicen. Mi padre está indemne, sus cofres siguen repletos, y yo os debo… el haber conocido a Filipo Ferrante. Gracias, Dago Corsi.

—Las que vos tenéis, Zoraida. Adiós.

En la calle, Delfín Lechuga y Curzio seguían midiéndose con la mirada. Luys Gallardo, bajo el pórtico, aguardó unos instantes.

Filipo Ferrante tardó en hallar las palabras que deseaba:

—Paz entre nosotros, Dago Corsi. Alianza quiero. Mis hombres acamparán donde tú digas.

—Donde tú como jefe de ellos, elijas.

—Bendigo el milagro que te ha hecho volver a ser lo que fuiste, Dago. Así… ¡Córcega entera te seguirá a donde quieras!

—Olvidada nuestra querella, Filipo. ¿Chocamos?

En la diestra ofrecida por Luys Gallardo, Filipo Ferrante con fuerza batió su palma.

—Amigos, Dago. ¿A qué hora quieres que me presente en tu cuartel general?

—Esta noche piense exponer a mis piojos mi vasto proyecto de defensa. Asiste si quieres… y madona Zoraida te deja libre.

Ante la sonrisa risueña de Luys Gallardo, sonrió primero el bandolero. Después rió…

—A la orden, mi jefe —dijo, saludando marcialmente—. Hasta la noche.

Partieron Ferrante y Curzio.

Delfín Lechuga se atusó el enhiesto mostacho.

—Se escapó la bella ocasión de pelear, messer.

—Habrá otras, mucho mejores.

Ambos no vieron que desde un portal cercano, un hombre embozado en su larga capa, dejaba sólo vislumbrar dos negras pupilas llameantes.

La «sombra maléfica» de Luys Gallardo le vio alejarse en compañía del erguido y retador enviado turco.

Y Dago Corsi esperó pacientemente. ¿Por qué su mortal enemigo Filipo Ferrante había reído amistosamente en el pórtico, chocando diestras con el trovador?

¿Por qué el que le suplantaba había visitado a Rubén Rovizo? Desde el portal llamó a un harapiento chicuelo, de rostro despierto.

—¿Qué es esto, mocoso? —preguntó Corsi, mostrando un florín de plata.

—Una moneda con la que comprar pan, miel y también higos secos para una semana.

—Eso es. ¿Ves aquellos dos caballeros, uno de los cuales lleva laúd de plata?

—Los veo, Excelencia.

—Síguelos, y por donde vayan, te fijas. A las siete, en la plazoleta del Angel, te daré esta moneda.

Partió corriendo el arrapiezo. Dago Corsi desembozóse la capa y con paso indolente, llegóse al pórtico sobre el que ondeaba la banderola «Rubén Rovizo».

Bajo la capa, vestía ropas idénticas a las que en el bosque de Farnedo le había quitado Luys Gallardo.

Asió el aldabón, y golpeó.

El propio Rubén Rovizo, abriendo, se deshizo en zalamera reverencia.

—Bienvenido, messer Corsi. ¿Se os olvidó algo? ¿No recogisteis la lista que os di?

—Debí extraviarla. Hazme otra.

—Con gran placer. Seguidme, tened la bondad, que bien sabéis estáis en vuestra casa. Mi hija os admira… Ha subido a sus habitaciones cantando alegremente y ¡qué queréis!… al fin y al cabo, como amante padre, me da felicidad la alegría de la que más

quiero en este mundo.

El judío, sentado tras la mesa, volvió a escribir la lista de los diez personajes, que momentos antes le había solicitado Luys Gallardo.

La entregó a Dago Corsi. Éste siguió sentado.

—El capitán Ferrante es afortunado al gozar de vuestra amistad, messer Corsi. Pero más lo es, porque le pertenece el corazón de mi Zoraida. ¿Os dignaréis acompañarle cuando esta misma tarde, al caer el crepúsculo, venga a visitar a mi Zoraida?

—Tal vez.

—¿Estáis enojado, messer Corsi? Perdonad, pero deber, ser aprensiones que vuestro generoso gesto, aún no ha logrado disipar. Os veo… como cambiado…

Levantóse Dago Corsi, volviendo la espalda. Murmuró:

—Aprensiones como has dicho acertadamente, perro judío. Hasta la vista. No me acompañes. Hueles a usurero y no quiero perros a mi espalda.

El portazo que al salir dio Dago Corsi, llenó de tribulación el apocado ánimo de Rubén Rovizo. Pero se consoló, pensando que el caprichoso humor del Diablo Corso era algo inquietante, aunque sin peligro cercano, puesto que Filipo Ferrante…

Y sólo entonces cayó en la cuenta de que debía ponerse al habla inmediatamente con el Podestá. No le costó trabajo convencer al que ya había desistido de enviar a sus soldados contra Filipo Ferrante.

—Excusadme, Señoría… Pero ahora que Filipo Ferrante es ya por alianza con «Faciatosta», capitán libre… casi condotiero, he variado de pensar.

—No os lo tomo en consideración, Rubén. Id tranquilo. Mis soldados dejarán tranquilo a Filipo Ferrante.

CAPÍTULO VI

EL PEREGRINO DE LOS LOBOS

En la playa, a unas dos leguas del roquizo conjunto peñascoso en cuyo interior abríase el laberíntico paraje de la Gruta de Anfitrite, dos muchachos, que no contaban más allá de doce años, desnudos los bronceados cuerpos elásticos aunque magros, después de desafiarse a quién nadaba más vigorosamente, pugnaban ahora por derribarse.

Suspendieron su amistosa lucha, para contemplar la extraña silueta que se aproximaba, pisando recio por la arena.

Por aquella época, era habitual la figura de errantes zíngaros con osos domesticados, siniestros caucasianos con toda suerte de fieras enjauladas o simplemente encadenadas, que iban de pueblo en pueblo, atrayendo a las gentes con la esperanza de obtener condumio exhibiendo las iradas de sus selváticos animales.

Se les tenía por más o menos emparentados con los brujos y magos, e imponían un temor y recelo supersticioso.

Muchos de ellos tenían a veces que salir huyendo ante la ira de masas azuzadas por fanáticos. Otros, lograban envidiables acomodos en casas principales, a modo de personajes intermedios entre los titiriteros y bufones, con ribetes de sapiencias tenebrosas.

Pero el que se aproximaba, llamaba la atención de los dos arrapiezos por varias razones.

La más esencial era el hábito, que vestía: un sayal, cuyo pardo paño, aparecía cubierto de conchas casi por entero. El cinto se prolongaba anudándose en dos ramales con collares que retenían el paso tardo de dos animales, con pelaje gris, parecidos a grandes perros…

—Lobos… —murmuró, atragantándose, uno de los mozuelos.

Y como si les sirviera de protección, ambos a la vez empezaron a vestir sus pobres ropillas.

No dejaban de mirar al peregrino. Un individuo ancho, robusto, de corpachón hercúleo, enteramente rapado el cráneo, y luciendo desde las copiosas cejas hasta medio pecho una abundante barba negrísima que cubría pómulos, mejillas, mentón y cuello, dejando al descubierto gruesa nariz corta y respingona.

Calzaba sandalias y al andar se apoyaba en grueso bastón nudoso, en cuyo remate, junto al suelo, se erizaban en círculo varias púas de hierro.

Los dos golfillos semejaban haberse quedado petrificados. Temían, sin saber a justa cuenta, algo cruelmente inesperado.

—Corramos… —dijo uno de ellos, con un hililllo de voz.

—No puedo —replicó el otro, paralizado—. Los lobos… dicen que corren si ven correr… y corren detrás del que corre… ¡La Virgen Santa nos proteja!

El peregrino avanzaba en línea recta hacia los haraganes, precedido por los dos lobos. Cuando distaba unos diez metros de la inmóvil pareja, chasqueó la lengua y dócilmente los dos lobos retrocedieron hasta colocarse tras el sayal de conchas.

A medida que iba avanzando, destacábase con evidencia su hercúleo corpachón, y las grandes manos velludas.

Cuando estuvo a tres pasos de los muchachos, abrió la boca y se distinguieron los carnosos labios rojos y los blancos dientes agudos.

«Un ogro», pensó, tiritando uno de los chicos.

El otro cerró los ojos, encomendando su alma a la Santa Virgen.

Y sucedió algo inesperado. El peregrino empezó a reír hondamente, sacudiendo los anchos hombros, bailándole la barba, rientes los negros ojos.

Y su risotada era tan cálida, tan humana, tan generosa… que los dos chiquillos, que primero esbozaban mera mueca de asombro, rieron de repente, con alivio, sintiéndose libres de miedo.

Aquel hombrachón que reía tan noblemente, pese a sus lobos y a su cara de ogro, no podía hacerles daño ninguno…



—Lobos...—murmuró, atragantándose uno de los mozuelos.

—Así está mejor —dijo el peregrino, cesando de reír. Su voz era honda, cavernosa—. Me molesta que me tengan miedo, seres como vosotros, que no sois más que un par de holgazanes. Yo, por peregrino tengo el título de Dom y me llaman Dom Corpacho.

Pegóse puñetazos en el pecho, que resonó.

—Soy un buenazo para los que no merecen maltrato... Pero para

quienes pretenden engañarme, soy severo. ¿Sabéis lo que hago con los que intentan engañarme?

Los dos muchachos, a la vez, absortos, sacudieron la cabeza negativamente.

El peregrino inclinóse y de la arena recogió un hierro retorcido y mohoso, que ellos habían pescado.

Cogiéndolo entre sus dos manos, colocado bajo el sobaco el grueso bastón, sin esfuerzo enderezó el hierro…

—Esto hago —dijo sencillamente, lanzando otra vez al suelo el hierro.

En todas las latitudes, los niños sienten una instintiva admiración hacia los fuertes.

Rió de nuevo el peregrino con su contagiosa risotada franca.

—Vosotros no pensaréis engañarme, ¿verdad?

A la vez, y con vigoroso convencimiento, denegaron con la cabeza los dos oyentes.

—Entonces, seremos amigos. ¿Qué tal andas de vista, tú, rubiales?

—Atisbo bien, Dom.

—¿Distingues aquel roble en cuyo tronco trepa la vid?

Siguió el aludido la dirección del grueso índice peludo.

—Seguro que sí, Dom.

—¿Qué más ves?

—Gente de armas a caballo.

—¿Qué más?

—Rodean dos caballeros, que son un trovador… y un «levante».

—¿Cómo sabes que son un trovador y un «levante»?

—El uno por el laúd de plata que brilla al sol, y el otro por la pluma del sombrero, el muy variado color de sus ropas, y su actitud.

—Bien observado. ¿Qué harías tú por medio florín?

—Menos matar, todo, Dom.

—Avispado eres, rubiales. Donde vaya el trovador le seguirás, pero si entra en la gruta, no. A media tarde, aquí mismo estaré. Tendrás el medio florín. Tú eres el mocito sin oficio, que vagabundea. Podrás seguir fácilmente al trovador.

—Seguro que sí, Dom.

—Donde él vaya, tú te enteras para repetírmelo. Anda, rubiales,

que esta tarde aquí estaré esperándote con tu amiguito. ¿No quieres preguntarme nada?

—Nada pregunto, Dom, porque quien paga es quien hace preguntas. Hasta después, Dom.

Al quedarse a solas el peregrino con el otro muchacho, dio hacia atrás un taconazo y enmudeció el lobo que estaba gruñendo tras su sayal.

—¿Te dan miedo los lobos, muchacho?

—Sí, Dom.

—A todo el mundo. Esos dos lobos son gemelos, de la misma camada. A uno lo llamo «Luys»: es noble, leal, valiente, despreocupado… pero muerde alegremente si el caso llega. El otro, es valiente también, pero maligno, diabólico… y mata por placer. Peligroso, pero lo vigilo… Pero no te interesan a ti los lobos. ¿Qué ves allá donde señalé a tu compañero?

—Se van los de a caballo, Dom.

—¿No ves más?

—No, Dom.

—Yo sí, porque entre matorrales está escondido el que hasta aquí seguí.

Pasaron unos instantes y de los matorrales surgió una silueta de hombre vestido a usanza de los pastores de la montaña.

Se encaminaba hacia la Gruta de Anfitrite.

—Escucha, muchacho. Hazte la idea de que aquel pastor es como mí otro lobo, el que no es leal ni dócil. Síguele con tiento, y si te ve, te tomará por lo que eres: uno de tantos mozos holgazanes. También tendrás medio florín esta tarde, antes de las cinco, si cumples al igual que tu compañero. Hasta después.

—Hasta después, Dom Corpacho.

Alejóse el muchacho, y quedóse el peregrino mesándose la copiosa barba. Los lobos reaparecieron para colocarse delante de él.

Uno de ellos alzó la cabeza, colgante la lengua. La diestra velluda del extraño peregrino se posó en el espacio entre las dos puntiagudas orejas.

—Tenía que llegar el día, en que frente a tu hermano gemelo te encontrarás, «Luys». Pero me temo que si con vosotros pude emplear cuerda y palo, no podrá ser igual con ellos… ¡Quieto, «Dago»! ¡Tiéndete, diablo! Se está muy bien al sol…

* * *

A media tarde, Luys Gallardo y Delfín Lechuga dirigíanse hacia el arco que daba salida al barrio judío, y se disponían a entrar en la plaza cuya fuente tenía por adorno un angelote que soplando formaba surtidor, cuando el enviado de Abdul Hamez, tocando en el antebrazo a su acompañante, manifestó:

—Hay dos cosas que deseo me admitas, trovador.

—¿Son…?

—Primero, que he solicitado ser tu compañero de fortuna, tu guardaespaldas, tu segundón.

—Y que como amigo te he aceptado.

—Segundo, que por haber yo obtenido el doctorado en la dura Universidad de la vida, que nos enseña a aguzar el ingenio en busca del yantar y el cobijo, tengo más mala, intención que tú.

—¿Acaso crees que siendo como tú un huérfano no, no he crecido yo al amparo de las frías aulas de esta misma Universidad que citas?

—Sí, pero elegiste gracias a tu prestancia física y a tu voz, un modo de vivir propenso a romanticismos y juegos, tal como es la profesión de errante juglar. Toqué tu antebrazo que además de oculta daga, presenta una compacta reciedumbre de músculos, pero en tierra italiana, donde impera un exceso de salvajismo y de libres musculaturas al servicio de cualquier buen pagador, es preciso pisar aplomadamente.

—¿A qué viene toda la retahíla de monsergas que me enjaretas? Te has puesto serio y en ti la seriedad causa gracia.

Delfín Lechuga esbozó un gesto de picara suficiencia.

—Cuando los locos ríos ponemos serios, por no abusar de tal necedad, como lo es el tomarse en serio las cosas de la vida, solemos tener más sensatez en esos escasos momentos en que nos disponemos a meditar sesudamente. Por juego, te has propuesto suplantar al Diablo Corso, y a modo del trovador que por una sonrisa femenina no vacila en meterse en boca de lobo, actúas con una despreocupación rayana en el suicidio. No es jugar al trompo el dedicarse a recorrer Ajaccio con la intención de pedir diezmo a sátrapas ricachones que por no abrir los cordones de sus bolsas son capaces de todo.

—La vida es riesgo.

—Dos somos y por diez valemos, pero el mismo Dago Corsi no se impondría a solas teniendo al alcance de su alarido a sus asesinos. Fíjate que las casas que con la lista del judío te dispones a recorrer, rebosan de *bravis* como todas las principales, y lamentable sería que vieras tu incipiente y magnífica carrera de romántico bandido cortada por puñales de asalariados.

Luys Gallardo levantó los hombros en gesto desdeñoso:

—Me valgo del prestigio de Dago. Nadie supondrá que voy solo, sino que tengo al alcance de mi alarido a los Hermanos Corsos. Además, hace tiempo que mi grito íntimo es: «¡Atrás, que por la muerte vengo!».

—Y claro… como la muerte es femenina, si la buscas te rehúye, y si la huyes no ceja hasta cazarte, y muy cierto sé que al igual que Eva, más propicia es a rendirse a audacias que a razones. Por lo tanto, ¡oh, manes de la lógica!, saco en conclusión que el impudente triunfa donde fracasa el reflexivo. No obstante, debo recordarte que tus intenciones poseen una hondura de mucho alcance, porque se ventila en tu juego no ya la seguridad de una ciudad, sino muchas vidas ajenas e inocentes.

—Aclara, talento.

—Si desapareces no morirá un trovador, sino que quedarán sin pastor las fieras que por el momento descansan inactivas, y éstas, sin el mando de tu voluntad encaminada a este ideal de favorecer a los que por sí mismos no pueden favorecerse, desatadas cometerían fechorías sin fin.

—Reitero mi pregunta y dando por supuesto que admito la sensatez de cuanto expones, ¿qué aconseja tu mala intención, muy loable, a mi despreocupada manera de comportarme?

—Una vez hayas clasificado en piojos, reptiles y gorriones a los Hermanos Corsos, que los gorriones te sirvan de respaldo, no para apoyar las anchas espaldas de Luys Gallardo, sino para dar fuerza a las peticiones de Dago Corsi.

—¿Qué opinas de Filipo Ferrante?

—Valiente y leal. Joven e impetuoso.

En el centro de la plaza del angelote de piedra, junto a la fuente, una silueta femenina, encapuchada y al parecer en espera de alguien, se puso en movimiento al acercarse los dos aventureros.

Del rostro cubierto por capucha y embozo, sólo distinguíanse

dos obscuros ojos que miraban con fijeza al trovador.

—Si no me engaño, la encapuchada viene por ti, messer. Séame permitido otro consejo: recuerda que tú te propones ennoblecer el nombre de Dago, pero éste tiene muchos enemigos que tú desconoces. Y si por estas tierras la vida está muy barata, la tuya mucho más…

La tapada, con andar sinuoso, se acercó a los dos hombres.



La tapada, con andar sinuoso, se acercó a los dos hombres.

Miraba fijamente al trovador y hacia él tendió una mano que llevaba un minúsculo rollo de pergamino sellado con lazo azul.

Y hecha la entrega, se retiró unos pasos, denotando claramente su intención de esperar respuesta.

Luys Gallardo rompió el lacre, desenrolló el pergamino y leyó:

«Messer Corsi:

»Un corazón rebosante de gratitud, os envía estas líneas, en súplica de que si a bien lo tenéis, consideréis como vuestra la casa de los Renzo, que mañana al atardecer abandonaré para ingresar en convento.

»Es mi anhelo reiteraros mi gratitud por haber conseguido paz para mi atormentado espíritu y mi reconciliación con mi hermano Ugo Paolo.

»Vuestra deudora,

»Alessandra Renzo».

»Me complacería dierais verbal o escrita contestación a la dueña que envío en vuestra busca».

Insertó Gallardo el pergamino en su cinto.

—Dile a tu señora, que para mí será un grato honor el ir a besar sus manos mañana, a la hora del sol radiante.

Marchóse la encapuchada, después de haber efectuado una reverencia.

Delfín Lechuga pulsó las enhiestas guías de su mostacho. Nada dijo, pero su apagada sonrisa era elocuente, y por ello consideróse obligado Gallardo a decir:

—No es cita de amores, señor pícaro. Tratase solamente de Sandra, que firmemente decidida ya a retirarse del mundo, me anuncia quisiera despedirse. ¿A qué obedece la risita, señor malintencionado?

—Me maravilla tu modestia, trovador. ¿No sabes aún que tu estampa es de las que provocan gran admiración en las sensibles almas femeninas? Anoche bien vi las ojeadas que te lanzaba Sandra, y no me tengo por torpe ni malpensado, al afirmarte que bastaría que lo quisieras para que Sandra abandonase sus monásticos propósitos.

—Mi espíritu preso está en el logro de un ideal, cuya plasmación física aún no he hallado. Pero como reconozco que Sandra abunda en atractivos, por eso mismo he rehuido acudir a su cita, en esta peligrosa hora del atardecer que antecede al claro de luna, porque si el espíritu puede mantenerse fuerte a la cruda e hiriente luz del sol, vacila y es propenso a sentimental anhelo, bajo la debilitante luz plateada de la luna.

—Tres cosas hay en Italia que son harto peligrosas: la invitación

de una Eva, la copa de vino con veneno, y las alianzas.

Encogiéndose de hombros, Luys Gallardo echó una mirada a la lista que le había entregado Rubén Rovizo.

—El primero de la lista es también el que más me interesa ahora visitar. Se llama Bruno Sarto, y es conceptuado por el inteligente hebreo como poseedor de las mejores caballerizas.

—Un buen caballo es siempre la mejor de las sillas.

—¿No dijiste antes que Dago Corsi debería tener escolta? La tendrá. Y ahora que por alianza con «Faciatosta» ha ascendido de jefe de alimañas a capitán de patriotas, justo es que tenga buen séquito de a caballo y de a pie. Esta noche, en la gruta, quedará puntualizada la nueva organización de los Hermanos Corsos.

—Auguro larga epopeya al nuevo Corsi, si Luys Gallardo aprende a desconfiar de su propia sombra.

—¿No eres tú mi buena sombra? Desconfía pues, por mí.

—Descuida, que en eso estoy.

—Ahora, visitemos al Muy Magnífico Bruno Sarto.

CAPÍTULO VII

UNA DEUDA ANTIGUA

Filipo Ferrante, alisóse maquinalmente las sienes, mientras esperaba respuesta a su aldabonazo.

Zoraida Rovizo apareció sonriente.

Y tras ella, Rubén Rovizo hízose jovial y acogedor:

—Pasad, mi joven capitán… Estáis en vuestra casa. Mi hija os ha preparado una sorpresa delicadísima, que…

—Dejadme anunciárselo yo misma, padre.

—¡Ah, qué tesoro la juventud! —suspiró el usurero, dando a entender que era una fortuna que sólo adquiría valor con los años.

Con gesto espontáneo, tendió ella la diestra y Filipo Ferrante se olvidó de todo, al aprisionar la fresca mano femenina.

—Venid, Filipo.

Atravesaron el vestíbulo, y dejando atrás el salón, penetraron en terraza que dominaba una explanada flanqueada de pérgolas.

En ella desparramaban luces multicolores los faroles de papel dispuestos espaciadamente por Samuel Rovizo, en funciones de organizador.

Sentadas, varias mujeres tañían sus cítaras. Y un viejo hebreo de luengas barbas y vivaces ojos, modulaba extraños sones manejando a la vez un timbal y un instrumento de caña con orificios.

—Vos sabéis que me apodan «Salomé»… porque hasta ahora sólo amaba la danza. De hoy en adelante, sólo para vos quiero bailar.

Filipo Ferrante, extasiado, vio como en el césped de la explanada Zoraida trenzaba gráciles compases exóticos.

Ensimismado, comprendió por qué quien había visto danzar a la hermosa hebrea, deseaba para siempre adueñarse de «Salomé».

* * *

Dago Corsi cumplió, sin saber que pagaba a quien ya había percibido por otro conducto para seguirle a él.

Pero los informes del arrapiezo, atinadamente reproducidos de boca del otro muchacho seguidor de Luys Gallardo, le parecieron valederos de recompensa.

Sombreábanse va las calles, y el Diablo Corso esbozó un rictus de complacencia, encaminándose hacia el barrio judío.

Se detuvo, al penetrar bajo los soportales. Y con gesto habitual, apoyó sus dos manos en los riñones.

Sentado en el banco que extendíase a lo largo del muro, el peregrino de los lobos, colocada la barba sobre el puño del bastón, cruzadas las manos, ladeaba la cabeza mirando al bandolero.

Sus dos lobos, tendíanse medio ocultos bajo el ancho vuelo del sayal cubierto de conchas.

—Lobos entre si no se muerden, Dago.

El saludo del peregrino provocó en uno de los lobos, un enderezamiento de cabeza.

También irguió la suya Dago Corsi.

—Tu deudor soy, Dom Corpacho.

—Siéntate, pues, a mi lado, Dago. Tiempo ha que no he charlado contigo.

Como si le molestara obedecer, el bandolero, con tarda indolencia, sentóse a cierta distancia del peregrino.

—No te morderán, Dago. Acércate más.

También ahora obedeció Dago Corsi.

—¿Hay novedades, Dago?

—Dos veces, en muy apurada situación, tú me salvaste la vida… cuando irremisiblemente iba a perderla, Dom Corpacho. Por eso mucho te consiento.

—Dijiste que me juzgabas un poco dotado de milagreros poderes, ya que aparecí tan oportunamente. Te advertí entonces, la segunda vez, que quizá se debiera mi presencia a que me interesan tus nasos, y que de cerca los seguía.

Deslizó Corsi una mirada de soslayo al que hablaba con campechanía no fingida. Casi con cordialidad…

—No sé por qué… te aguanto que me hables con lástima, Dom Corpacho. Nadie me habló así nunca.

—No es lástima. Es amistad.

—Nada me debías. Nunca te vi… hasta que salvaste mi vida. ¿Por qué?

—Te intriga mi presencia en momentos para ti esenciales, ¿eh? Algún día lo sabrás. Cuenta conmigo, Dago. ¡Quieto tú! —Y Dom Corpacho largó un taconazo a uno de los lobos—. No te molestes, pero le puse tu nombre a ese lobo. Y el pobrecillo no sabe si hablo contigo o con él.

—Eres un loco, o sabes mucho, Dom Corpacho.

—Sé por ejemplo que desde ayer sufres un tormento atroz. Te creías único… y hay otro hombre igual que tú, al menos físicamente… Sí, estamos solos, Dago… Pero suelta el mango de tu daga… ¿Soy tu amigo, o no? ¿Me debes o no el aliento por dos veces? ¿Cómo lograste escapar del castillo de Montemar?

Tardó Corsi en mover los labios, que mantenía prietos.

—Deuda antigua tengo contigo, Dom Corpacho. Casi la considero saldada, porque… conoces mi humillación.

—¿Qué humillación? Nadie puede igualarte, Dago. Y cierto estoy que has imaginado venganza muy tuya, cuando aun sigue viviendo el insensato trovador que osó suplantarte.

Echó hacia atrás la cabeza el bandolero. Respiraba afanosamente…

—Es extraño, pero en ti tengo confianza, Dom Corpacho.

—Cierto es que extraño que tú, que en nadie confías, en mí tengas confianza. Pero si por dos veces salvé tu vida, ningún mal te quiero.

—Ignominiosamente fui encadenado en mazmorra del castillo de Montemar por indicación del trovador. Quiso la suerte que en ausencia de la condesa, su hermana menor Alicia fuera a verme… Se desmayó.

—Ah, ah… Sin embargo, cuando te lo propones, no se desmayan las doncellas al verte.

—Encontré una bella mentira. Dije a la inocente, que su madre no había muerto… Que era Bárbara Foscari, la calabresa…

—Bella mentira, en efecto —dijo Dom Corpacho, mesándose reflexivo la barba, y su paternal entonación era aprobatoria.

También era éste su tono cuando reprendía al lobo llamado «Dago»…

—Desmayóse, logré las llaves… y bajo el casco y encadenada, ella está en mi lugar.

—Bien. No obstante, habías jurado no hacer daño ninguno a las Montemar. Hace años adoraste en silencio a Adriana de Montemar…

—¡Que se pudra el mundo, pero que triunfe yo! Vivo sólo para vengarme de la afrenta sin igual…

—Es propio de ti. ¿Y qué artística venganza has planeado?

—El trovador… se propone ser cordial, generoso… ¿comprendes? Ha logrado ya la amistad de «Faciatosta», de su hermana, de Filipo Ferrante…

—¿No era Filipo Ferrante el que pregonaba que te daría muerte en leal combate si contigo frente a frente tropezaba?

—Sí… Y el insensato cree que Dago Corsi le quiere por amigo. Ahora está en casa del judío Rovizo. Allí iba.

—¿Piensas matarlo?

—Enloquecerlo. Ama a la hebrea Salomé. Y ante sus propios ojos la mataré… Y a él, le reservo mejor suerte: lo dejaré con vida, para que se arrasare maldiciéndome…

—¿Finalidad que persigues, Dago?

—¡Que el trovador sepa cuando tarde sea ya, que su juego ocasiona muertes de personas a las que no se me hubiera ocurrido ni siquiera conocer! ¿Comprendes? Dicen que los seres comunes sienten remordimientos, si en contra de su voluntad causan daño… ¿Te das cuenta?

—Eres único, Dago. ¿Y te bastará con esta visita a los Rovizo?

—Sandia Renzo será mi segunda visita. Después… cesará el juego.

—¿Y tus hombres?

—Sólo Piero Bassano sabe… Con el silbido del búho, le llamaré, y desde la gruta me traerá las ropas de Lorno… El trovador ocupará hasta mañana mi lugar. Después tan lenta será su física agonía, que…

—Sudas, Dago. ¿No será mejor que empieces por el principio? Seres como tú, necesitan actuar para no envenenarse meditando atrocidades. No me mires como si pronunciara palabras incomprensibles. He dicho «atrocidades», porque por algo te apodan «El Diablo Corso», en tierra donde todos tienen poca inclinación a

ser angelicales.

—¿Por qué has aparecido ahora? Mi vida no está en peligro. Libre estoy, y no te necesito.

Se puso en pie el bandolero, como si lamentara ya, que, alentado por el tono campechano y amistoso del extraño peregrino, se hubiese dejado llevar a confidencias.

—Sabes mucho, Dom Corpacho —dijo, secamente.

—Más de lo que te imaginas, Dago —replicó, serena y cariñosamente el hercúleo barbudo—. Aseguras que tu vida no está en peligro. ¿Qué sabes tú?

—¿Y tú?

Se puso en pie Dom Corpacho. Los dos lobos aparecieron ante él y retrocedió Dago Corsi.

—No temas, Dago. Conmigo estás a salvo. Mis lobos no te morderán. ¿No ves como te olfatean inquietos? Creo que les causas miedo.

—A ti, no —dijo, ceñudo, el bandolero.

—Será porque en el mundo entero, sólo tienes un amigo, Dago. Yo.

—No quiero tu amistad.

—Tienes deuda antigua conmigo. Y si por dos veces te fui útil, puedo sértelo en tercera ocasión.

Miró en derredor, receloso, el Diablo Corso.

—¿Acaso Filipo Ferrante me ha tendido celada?

—No.

—¿Quién, pues?

—Alguien que no conoces. Alguien que ha decidido que debes vivir, pero como éste. —Y señaló el peregrino a uno de los dos lobos.

—No gusto de misterios, Dom Corpacho. Si eres mi amigo, dime: ¿quién es el que contra mi conspira?

—Sólo yo le conozco. Es viejo, lunático y español.

—También tú eres español. ¡Y lo es el trovador! ¿Qué misterio ocultan tus palabras, Dom Corpacho?

—Cuidado. Dago. Mis lobos están muy bien enseñados. Saben adivinar cuando unas manos buscan armas. El uno te saltaría a la garganta, el otro al brazo. ¿No te he salvado dos veces la piel? ¿Por qué me miras como a un enemigo? Aquieta el temple, Dago. Estás

febril. Vamos primero a tu venganza. Después, cuando lo desees, te llevaré a visitar al viejo hidalgo lunático.

—¿De qué lo conoces?

—Es vieja y larga historia. Por el instante, te urge demostrar que El Diablo Corso eres tú, y no el trovador. Vamos, Dago, te acompaño.

—No te preciso.

—Sí, Dago… porque tu vida está en peligro.

A su pesar, impresionado, el bandolero hízose a un lado.

—¿Ni a mí me das la espalda, Dago? Debe ser molesto el vivir siempre desconfiando…

Y Dom Corpacho echó a andar. Tras él, los dos lobos, parecían sentirse ante una fiera desconocida, fijando sus pupilas en Dago Corsi.

—Son gemelos —fue diciendo Dom Corpacho—. Muy bien enseñados. ¿No crees que pueden servirte para mantener quieto a Filipo Ferrante mientras tú matas a Salomé?

—Sí.

—Reina, pues, el acuerdo, Dago. Como ves, soy tu único amigo.

—Habla en voz más baja. La gente puede oírte.

—Se apartan. ¿Son los lobos? ¿Eres tú? ¿Soy yo? Mísera vida ésta, que nos obliga siempre a preguntar, y pocas respuestas obtener. ¿Oyes? Melodiosa música de cítaras y timbal. No me gusta el agudo toque que se entremezcla. Parece un lamento de agonía. Como un presagio. En la casa de Rubén Rovizo impera el amor y el deleitoso regocijo.

—Cuatro lobos se acercan… —Y la breve carcajada de Dago Corsi fue chirriante.

Dom Corpacho se detuvo.

—Yo no soy lobo, Dago. Soy pastor. Llama, A ti te corresponde.

* * *

Dago Corsi entró bajo el pórtico. Su diestra se dirigía el aldabón, cuando el grueso brazo del peregrino misterioso, enlazándole por el cuello, arqueó hacia atrás al Diablo Corso.

—¡Quietos! —conminó Dom Corpacho a sus lobos—. Me basto yo… Soy tu único amigo, Dago Corsi. Pero el hidalgo lunático ha decidido que Luys Gallardo actúe sin trabas.

Atlético era el forcejeo de Dago Corsi, poro el hercúleo barbudo, presionó y poco después, rodeada la cabeza con su propia capa, el jefe bandolero, era un inanimado cuerpo fláccido.

Emitió Dom Corpacho un tenue silbido. De las sombras cercanas al pórtico, surgieron dos individuos.

Sin mediar palabra, lleváronse entre los dos a Dago Corsi y rasando los muros, bajaron hacia los sombríos parajes de la orilla del río.

Dom Corpacho quedóse unos instantes tendiendo el oído.

—Hermosa música, ¿verdad, «Luys»? —Y acarició la cabeza del lobo de su derecha—. Ha cesado el lamento de agonía. Feliz es este día para todos. Tenía ya deseos de conocer de cercaba Luys Gallardo, el buen lobo. Peregrinemos hacia la paradisíaca morada de Bruno Sarto. ¡Vamos, hijos!



Sin mediar palabras, lleváronse entre los dos a Dago Corsi.

Dom Corpacho, seguido por los dos lobos, y apoyándose en su grueso bastón erizado de púas en su remate, alejóse entonando con su honda voz de bajo, un canto eufórico, mezcla de canción de guerra y de balada castellana.

Los escasos transeúntes, separábanse a prudente distancia. Si de costumbre no era muy seguro transitar pasada la hora del ocaso del

sol, nada tenía de alentadora la figura del barbudo peregrino de los lobos.

CAPÍTULO VIII

BRUNO SARTO CONTRIBUYE

En Ajaccio, tres personajes eran los principales: Giordano Stefano, «el Podestá»; Ugo Paolo Renzo, el condotiero «Faciatosta»; y Bruno Sarto, «El Espléndido».

La esplendidez de Bruno Sarto era innegable, aunque se trataba de una magnificencia de índole especialísima.

Bruno Sarto tenía afán de ostentación, y en sus convites fastuosos que pronto convertíanse en orgiásticas bacanales, si no lograba convenir algún buen negocio, ayudado por sus vinos y manjares, dejaba siempre establecido que nadie en Ajaccio le disputaba la palma de magnate.

Giordano Stefano, «el Podestá», hombre muy ducho en descubrir falsedades, dijo cierta vez en un momento de abandono, que Bruno Sarto era el ser más falso que engendrara honesta mujer.

La persona que ovó aquella confidencia del Podestá, no era más que una mujer frívola. Al amanecer, moría entre estremecimientos horrendos y nadie se molestó en inquirir quién vertió veneno en su copa, y mucho menos indagó el Podestá.

La sala donde tenían lugar los habituales festejos con que Bruno Sarto celebraba a diario el hecho de ser excesivamente rico, tenía multitud de espejos que por curiosa disposición repetían varias veces las imágenes de quienes en ella se hallaban.

Por aquel atardecer, en la sala, reuníanse una decena de personas invitadas.

La larga mesa provista de toda clase de exquisitos manjares y ánforas, era atendida por *bravis*, que actuaban a modo de coperos.

Bruno Sarto ocupaba la cabecera. Era un hombre levemente obeso, pero fuerte, de rasgos apolíneos, amable, casi obsequioso.

No tenía igual como hábil conversador, y afirmaba que la agradable sobremesa puede prolongarse hasta muy entrada la noche, si adornaban la tertulia, bellezas inteligentes.

Para «El Espléndido», las bellezas inteligentes, eran las que, perfectas corporalmente, sabían callar si carecían de argumentos.

Había enviudado tres veces, en forma no muy natural. Sentaba ahora a su izquierda, a la que era reputada la más hermosa de Ajaccio: Bianca Ventiglia, hija de un modesto letrado.

Y decían los entendidos, que lo que no habían logrado ni los más fuertes vinos ni las más bonitas, lo lograba Bianca Ventiglia con sólo un batir de pestañas: embriagar al maduro galán.

Uno de los coperos, susurró algo al oído del dueño de la casa.

Iba a negar Bruno Sarto, cuando antes de decidirse, inquirió, mirando amorosamente a Bianca Ventiglia:

—¿Os agradaría, Bianca, oír trovas?

—Si bien dichas son, mucho, señor.

—Que pasen, pues, los juglares —accedió Bruno Sarto. Y al irse el *bravi*, manifestó «El Esplendido»—: Si errantes son, propagarán por allende los mares vuestra sin par hermosura, Bianca.

—Y vuestra sin igual generosidad, señor.

En la sala, reinó silencio al aparecer Luys Gallardo, seguido por Del fin Lechuga.

Dirigióse el español hacia la cabecera de la mesa y antes que mirar al que veíase era el anfitrión, quitóse el capuz dedicando saludo a Bianca Ventiglia.

Tras él, Delfín Lechuga, prendió de su hombro el chambergo, para ojear expertamente los peligros que la sala presentaba así como las salidas.

—Tú eres quien solicitó ser recibido, trovador —dijo Sarto—. Declina tu nombre.

—¿Qué importa ahora, Magnífico? Contemplan mis ojos a una diosa. Callen, pues, los mortales.

—¿No lo eres tú? —rebatió Sarto, tolerante.

—No lo soy, porque en mi laúd hay alma de canciones de amor. Y ya que callar no quieres, dime, Magnífico, ¿es obra tuya esta diosa que poema es de encantos indescriptibles?

—Un juglar todo lo puede describir —sonrió Bianca.

—Todo hasta hoy supe describir, menos la belleza que atesoras.

¿En qué Olimpo naciste? ¿Qué galán prodigioso tu amor disfruta?

—Toleradas te son tus indiscreciones, trovador —siguió sonriendo Bianca Ventiglia—. Respuesta puede darte «El Espléndido».

Bruno Sarto, con ufana condescendencia, miró a Luys Gallardo.

—De amores mucho sabéis vosotros, los juglares. Y ya que has amado, dime: ¿qué cosa es amor?

Con leves pulsaciones que arrancaban tenues quejidos del laúd de plata, Luys Gallardo, fijas las negras pupilas en el semblante de Bianca Ventiglia, fue recitando:

Es amor un mal que mata a quien más le obedece,
mal que siempre más maltrata al que menos mal merece,
favor que más favorece al menos merecedor.

—Algo dura es para mi tu trova, juglar —sonrió, acerbamente, Sarto.

Es amor una afición de deseo deseoso
donde falta la razón al tiempo más peligroso;
es un deleite engañoso guarnecido de dolor.

—Triste es la estrofa, trovador —dijo Bianca.

Es fuente de mana agua dulce y amargosa,
que a los unos es muy sana y a los otros peligrosa;
unas veces muy sabrosa y otras muchas sin sabor.

—No es benévola la copla —dijo Bruno Sarto—. Todos los aquí reunidos, estimamos que el amor es más placentero de como lo pintas.

—Es la envidia la que me ha hecho elegir trova tal —replicó Luys Gallardo—. Todo lo posees, Magnífico. Riqueza, amigos, amor…

—Hay sarcasmo en tu lengua, pícaro. No me places… ¿Qué recompensa pides por tu coplilla?

Luys Gallardo tercióse el laúd a la espalda. Apoyó las manos tras su cinto, oculto por la capa roja.

—Sesenta caballos.

—¿Cómo has dicho? —rió Bruno Sarto, que había oído

perfectamente—. ¿Qué moneda es ésa?

—Seis veces diez de tus mejores caballos.

—Como chanza no tiene gracia.

—No pretendo serte gracioso, Bruno Sarto. Te pido sesenta caballos.

Delfín Lechuga emitió un ahogado suspiro, ladeando su capa, y dando libre juego a su brazo derecho.

—¿Y para qué quieres tú sesenta caballos?

Acostumbrados los reunidos a semejantes escenas, donde los juglares hacían gala de impertinencias que nunca sobrepasaban los límites tolerados, presentían, no obstante, cierta tirantez en la entonación de «El Espléndido».

Y para juglar veían demasiada arrogancia en el desconocido.

—Ajaccio goza un momento de paz, Magnífico —expuso Gallardo—. Pero los invasores se preparan. ¿Qué hacías tú cuando los demás combatían? Mantenerte escondido…

—Te estás propasando, trovador. Soy amable, hasta cierto punto. ¿Quieres que mis *bravis* te echen destempladamente?

—¿Vas tú a perder el cuello por sesenta corceles?

—¡Por vida de…! —Acaloróse Sarto. Y mirando a su prometida, añadió, en otro tono—: Perdonad, Bianca. Vete enhoramala, trovador. Dadle diez florines, justo precio a que nos libre de su presencia.

—Atiende, Sarto. ¿No has oído a los pregoneros anunciar que «Faciatosta» y el Podestá han firmado pacto en defensa de Ajaccio?

Una repentina tensión hizo erguirse a los invitados.

Bruno Sarto preguntó:

—¿En nombre de qué y de quién hablas?

—En nombre de Dago Corsi —dijo Luys Gallardo.

La mención de El Diablo Corso, produjo evidente desasosiego.

—No cites… lo que no debes citar, trovador. ¿Quién eres tú?

—¿Quién va a ser? —intervino Delfín Lechuga—. Necia pregunta, Bruno Sarto. ¿No oíste hablar de la bella voz de trovador de El Diablo Corso? Genialidades…

—¡Dago… Corsi! —exclamó Sarto—. ¿Y… por qué he de creerte? ¿Qué pruebas tengo ni tenemos de que tú…?

Varias gargantas femeninas lanzaron un grito agudo. Bruno Sarto quedóse como atacado de parálisis. No movía un músculo,

mientras con rapidez fulmínea, cuatro dagas vibraron incrustándose en el respaldo aterciopelado de su sillón.

Dos de ellas, enmarcaron el cuello de «El Espléndido», mientras las otras dos formaban a modo de dosel sobre su cabeza.

Y suave la entonación, sosteniendo con índice y pulgar la acerada punta de una quinta daga, Luys Gallardo anunció:

—Si persistes en la duda, o uno solo de tus esbirros se mueve, esta otra penetrará en tu garganta, Magnífico.

Bruno Sarto, lívido, dominó el temblor de sus labios. La expresión horrorizada con que Bianca Ventiglia miraba al que antes, creyéndolo sólo un trovador, contemplaba sonriente, agradó y sirvió de cierto consuelo al prohombre.

—Excúsame, messer. Pero ignorante de quien eras, como a juglar entremetido te traté. ¿Puedo devolverte tus dagas?

—Quien las lanza las recoge, Magnífico. —Y acercándose, fue Gallardo arrancando una a una las afiladas hojas. Siguió conservando en la zurda, una de ellas, mientras a su espalda iba insertando las otras—. No quiero abusar de tu benevolencia. Soy buen conocedor en caballos y espero no me harás el agravio de obsequiarme con corceles poco dignos de mí y de ti. Al amanecer y en la playa de la Gruta de Anfitrite, tus lacayos entregarán tu contribución.

Delfín Lechuga lanzaba a diestro y siniestro, ojeadas precautorias. Pero el funesto prestigio de Dago Corsi pesaba en el ánimo de todos. Nadie se movía…

Sabían que un escalofriante alarido surgiendo de la garganta del bandolero, sería la señal para la irrupción de los Hermanos Corsos…

—Si «Faciatosta» y el Podestá son tus amigos, podemos serlo nosotros —insinuó Bruno Sarto—. No era preciso que te acompañaran tus hombres. Eres aquí bien recibido.

—No lo fue el trovador. Lo que lamento es tu mirada, diosa que por el terrestre nombre de Bianca respondes. ¿Te causo horror? ¿Por qué? Vine en busca, de sesenta caballos y ahora… todo lo daría por ver de nuevo irradiar el sol de tu sonrisa.

Fue visible la forzada mueca con que Bianca Ventiglia pretendió sonreír. Alargó la nacarada mano y cogió rica copa cincelada.

—Causa impresión el verte, messer —dijo, con progresiva

serenidad—. Como premio a tu laúd, acepta este vaso de Falerno.

—De tus manos, todo es ambrosía.

Iba a beber Luys Gallardo, cuando interrumpió el gesto, al sentir en su espalda un codazo de Delfín Lechuga.

Miró unos instantes la copa.

—El trovador que soy, pide la más afortunada recompensa, Bianca. Que el hálito de tus labios se pose en lo que será preciada joya, al tú besarla.

Ella cogió la copa, y con despectiva sonrisa, dijo:

—¿Teme El Diablo Corso aceptar invitación de débil mujer?

Con lento movimiento, apuró ella el contenido de la copa.

—Ser Dago Corsi no es ahora de mi agrado —dijo Gallardo—. Debí pensar que era imposible que tú pudieras imaginar nada dañino. Y aunque veneno hubiera, ¿por qué rehuirlo si tú lo viertes? Cuando quede cumplido el propósito que en Ajaccio me retiene, vendré a pedirte perdones por haber desconfiado de ti.

Saludó de nuevo el trovador y abandonó la sala, mientras tras él y andando en retroceso, Delfín Lechuga cubría la tranquila retirada.

Fuera, Luys Gallardo ironizó:

—Exceso de prudencia, señor pícaro.

—Contrapeso de la balanza, messer. Pecar de recelo, es muy saludable.

—¡Qué divina belleza!… ¡No la merece «El Espléndido»!

Los comentarios de la reciente presentación fueron epilogados con un aparente desdén de Bruno Sarto:

—Triste momento de nuestra historia, éste en que un fementido asesino, es autoridad en Ajaccio. Gustoso pierdo sesenta caballos, ya que permitido me ha sido ver como humillabais al Diablo Corso, adorada Bianca.

Bianca Ventiglia asintió en silencio, ausente la imaginación. Pensaba que era cierto lo que creyó leyenda: a instantes el diablo sonreía como un varonil arcángel.

CAPÍTULO IX

UN LOBO MENOS…

Mansamente, el mar deshacíase en blancos flecos sobre la orilla ensombreída por la noche.

Tras una peña cercana a la entrada de la gruta, Dom Corpacho arqueó los labios y el sonido que de su garganta brotó, tenía semejanzas con el agorero silbido del búho.

Lo repitió cuando una sombra magra, cubierta por cónico bonete de astrólogo, acercóse a la peña.

Y micer Piero Bassano mostró los sucios dientes y la punta de su largo estilete hacia el recién llegado que, jadeante, saludó:

—Mal modo de darme la bienvenida, Piero Bassano. ¿Envejeces que no reconoces al que salvó la vida de tu amo?

—Te he reconocido, Dom Corpacho. ¿Pero por qué arte infernal conoces la señal que sólo a mí explicóme Dago Corsi?

—Por la sencilla razón de que a mí también me la indicó. No tiene secretos tu amo para mi. Esconde el acero, Bassano. Mis lobos detestan ese brillo.

—¿A qué has venido?

—A estrangularte.

La rápida respuesta fue seguida por el salto de uno de los lobos, que hincó sus afilados colmillos en el antebrazo armado del astrólogo.

La diestra ancha del peregrino asió por el cuello al magro bandido. Lo levantó en vilo y mientras iba el uno pataleando en el aire, el otro hablaba cachazudamente:

—Un lobo menos, Piero Bassano. Antes de conocerte, Dago era casi un ser humano. Después lo envenenaste, aunque ya de por sí Dago no era muy propicio a bondades. Un viejo español lunático, ha

decretado que debías morir, y cumplo con gusto. Han llorado muchas lágrimas pupilas de madre, esposa y enamoradas, porque tu traidor acero las dejó enlutadas. Un lobo menos, alegría de corderos.

Soltó Dom Corpacho su presa, y Piero Bassano, muerto, desplomóse como un odre vacío.

—¡Quieto, «Dago»! —conminó Dom Corpacho—. No te ensañes con los muertos.

El barbudo hércules abandonó la peña para poner de relieve su aparatosa presencia, ante la proximidad de dos hombres que acercábanse…

—Lobos —masculló Delfín Lechuga, deteniéndose.

—Hola, peregrino —saludó Luys Gallardo—. No son los más indicados para recibir limosnas estos lugares.

—Agradezco la advertencia, y, a cambio, algunas te daré.

—Sigue tu camino hacia la ciudad, peregrino, que no requiero advertencias. Tengo va consejero.

—De la ciudad vengo. Y a verte.

—¿Vendes bálsamos curalotodo?

—Me place tu buen humor. Quisiera hablarte a solas.

—Quien me acompaña disfruta plenamente de mi confianza. Habla, y abrevia.

—Abrevio. Me llamo Dom Corpacho, Luys Gallardo.

El trovador avanzó el busto. Uno de los lobos gruñó:

—¿Vienes del Norte, Dom Corpacho?

—Te he oído cantar algunas veces. Pero hoy es el día en que deseo ser tu amigo.

—Es de noche —dijo, sarcástico, Delfín Lechuga.

—En ciertos puntos, sí hay noche en vuestros cerebros. Reconozco que mi sino será parecer tenebroso, Luys Gallardo, pero mis actos para ti no lo serán.

—¿Qué hacías tú tras la peña?

—Silbar como un búho.

—Este barbazas está chiflado —comentó Delfín Lechuga.

—Por el instante, también mi sino es parecer —lo. Silbaba como un búho, porque Dago Corsi, el verdadero, el legítimo, así había quedado en llamar a micer Piero.

—Sigue… Esto empieza a interesarme —admitió Luys Gallardo.

—Tienes la certeza de que Dago Corsi, tu imagen gemela, está a buen recaudo en el castillo de Montemar.

—Mosca… —pronunció suavemente el trovador.

—Sabes mucho, Dom Corpacho, y hay ciencias peligrosas.

—No para mí, porque mi ciencia está a tu servicio. Micer Piero sabía ya lo de tu suplantación. Era un lobo pérfido.

—¿Y por qué no lo es ya?

—Porque acabo de estrangularlo. Allí tras la peña está.

Delfín Lechuga abalanzóse hacia allá, para regresar al poco, presentando un rollo voluminoso de papeles.

—La obra póstuma de micer Piero —dijo, estupefacto—. Está feísimo con tanta lengua fuera… Éstos son los papeles con tu biografía y la lista de los piojos, messer.

—Tu charla es interesantísima, Dom Corpacho. ¿Por qué mataste a micer Piero?

—Siempre me fue poco agradable. Ya ahora queda silenciado.

—¿Dago Corsi?

—Lo estrangulé. Me debía dos vidas y una sola le quité.

—¿Qué te propones?

—Demostrarte que puedes confiar en mí.

—¿Qué motivos tienes para ello?

—Genialidad de mi raza, que española es. Peregrinando pude comprender que en el bosque de Famedo ante tu viva imagen te viste y alegremente suplantaste al lobo diabólico. Me es grato poderte servir.

—Raro tipo —gruñó «Siete Vidas».

—También lo eres tú —replicó, campechano, Dom Corpacho.

Rió el trovador.

—No comprendo aún tus motivos, pero me place tu original modo de ser. Si tanto sabes, ¿cómo pudo huir Dago?

—Durante la ausencia de madona Altiera, madona Alicia penetró en la mazmorra. Dago mintió al decirle que Bárbara Foscari era la difunta condesa de Montemar, que pereció en extrañas circunstancias. Desmayóse la niña, cogió Dago las llaves y bajo el casco y encadenada está la niña.

—¡Qué fantástica historia!

—La realidad supera todas las imaginaciones. ¿Qué representan tres horas para ti si puedes, no ya comprobar la realidad de mi

historia, sino también liberar una niña cautiva? Labor es muy tuya, trovador… que te has propuesto ennoblecer el nombre de Dago Corsi.

Tardó Gallardo unos instantes en contestar:

—Muy valiosa es tu charla, Dom Corpacho. ¿Puedo rogarte que aquí esperes, en compañía de mi amigo, mientras a Montemar me dirijo?

—De ahora en adelante, mi deseo es ser tu amigo, messer.

—Me pareces muy hombre para mentir sin razón, ni para urdir trampa. Confío en ti, Dom Corpacho.

Luys Gallardo partió a paso apresurado.

Delfín Lechuga rezongó:

—Es demasiado leal messer Gallardo. Confía en el primer desconocido.

—Para remediarlo podemos confabularnos tú y yo, desconocido.

—Me llamo Delfín, porque de las narices me sale, y Lechuga, por equivalente razón —declaró, retador, «Siete Vidas».

—Razones idénticas son las que me dan a conocer por Dom Corpacho y ya no somos, pues, desconocidos.

—Sabes tú mucho, barbas.

—Eso dicen, mostachos.

—Hay algo turbio en ti.

—¿Quién es perfecto en este mundo?

Delfín Lechuga miró detenidamente al que ahora recostaba su corpachón sobre la arena, mientras los dos lobos tendíanse a sus pies.

—De los tipos raros que he conocido, eres tú el más misterioso.

—No hay misterio que no se aclare, ni deuda que no se pague. Tengo sueño. Si mis ronquidos te molestan, mil perdones.

—Confiado eres…

—Cuando duermo, uno de mis amigos vigila, ¿verdad, «Luys»? —Y el peregrino acarició el erizado Lorno del lobo, que ahora sentóse sobre sus cuartos traseros, contemplando a Delfín Lechuga.

Éste, apartándose unos pasos, sentóse adosado a la peña.

—Por mí, duerme tranquilo, barbazas. Lo que contigo resulte, lo dirá messer Dago Corsi.

—Entonces, tranquilo duermo, porque, además de velar mi sueño mi noble amigo, nada temo del nuevo messer Corsi.

Poco después los ronquidos de Dom Corpacho dieron envidia a «Siete Vidas». Envolvióse en su capa y dormitó. No podía explicar por qué, pero le inspiraba simpatía el desconcertante y misterioso peregrino de los lobos.

CAPÍTULO X

UN OBSTÁCULO EN EL CAMINO

Habían ido despidiéndose los asistentes al banquete dado por Bruno Sarto, quien a su práctica prodigalidad y esplendidez unía un perfecto conocimiento del arte de leer el mudo lenguaje de los rostros.

Y los semblantes de cuantos con zalemas y amabilidades iban abandonando la morada del anfitrión, le indicaban a éste, bien a las claras, que cierta conmiseración se había apoderado de sus comensales.

Una conmiseración de apenada condolencia, como si bromeando quisieran tranquilizar al magnate y ahuyentar la imagen de futuros y muy próximos peligros.

Permaneció la última Bianca Ventiglia, por ruego de su suspirante. La zozobra de cuantos habíanse ido no había tampoco pasado desapercibida a la bella ambiciosa.

Bruno Sarto, al acercarse a ella, pugnaba entre dos instintos: el vanidoso de no mostrarse asustado, y el más poderoso de conservar su epicúrea existencia.

—Lamentable, muy lamentable —comentó, para iniciar la difícil conversación.

—Ya pasó, señor.

—Pero temo…, temo las consecuencias para vos.

—¿Para mí? —fingió ella no comprender.

—Claramente dio a entender este fementido bandolero que trataría de volver a veros.

—Si tal es su deseo, difícilmente, señor podré evitarlo. Dago Corsi es hombre a quien todo se lo permiten, y todo se lo consienten. Bien quisiera hallar medio de evitarlo, que no afectara

mi dignidad ni la vuestra bien entendido.

Bruno Sarto meditaba sin hallar solución. Habló con deliberada lentitud, como hombre que piensa en voz alta:

—Un hombre importuno y molesto desaparece con facilidad. Ayer mismo, aún el propio Dago, podía dejar de ser un estorbo, pagándolo a buen precio. Pero hoy, quien a tal cosa se atreviera, sería ajusticiado como traidor a Córcega. Es risible… Los mismos que ayer calificarían de justiciero el dar muerte a un cruel endemoniado, hoy se erigirían en acusadores del que lo hiciera.

—Creo, señor, que estáis aún impresionado por la reciente incidencia que en definitiva no es más que un acto caprichoso de quien goza imponiendo terror.

—Perdonad, mi bella Bianca, pero sois en exceso modesta y debo rectificar vuestra opinión, que bien desearía fuese tal como suponéis. Sois de fascinante atractivo…

—Favor que me hacéis…

—Realidad innegable que el espejo os reiterará sin engaño. Dago acudió con la única idea de imponerme un diezmo y una humillación, cosa lógica en quien ahora disfruta tratando de obligar a inclinaciones de testas encumbradas. Pero os vio… Y sus ribetes de juglar le hicieron escarnecerme cortejándoos ante mis propios ojos.

—Licencia de trovador.

—Que por ser bandolero, intentará saciar por dos caminos la torpe pasión que le habéis inspirado.

—Pobre de mí, que nada hice para inducirle a… codiciarme.

—No lo podéis evitar.

—Aceptando vuestra superior experiencia, ¿podéis decirme cuáles son los dos caminos que adivináis podría el diablo corso seguir?

—Suprimirme a mí como obstáculo.

—No lo hará, porque vos sois uno de los tres prohombre de Ajaccio. Y aun si él se atreviera daros muerte, os juro que no perdonaría yo medio para que fuerais vengado.

Bruno Sarto sonrió con ácida ironía:

—Me complace saber que vengaríais mi muerte, pero comprenderéis perfectamente que sería mucho más de mi agrado que endulzarais mi existencia hasta que, viejo y con nietos, vos

llorarais sobre mi tumba.

—No creo que os cause el menor daño.

—Me lo causaría al igual si empleara la segunda posibilidad, que sería amedrentaros, y obtener a la fuerza…

—¡Os prohíbo, señor, que ni por asomo penséis en tal cosa! —rebatió ella con sincera indignación.

—Excusadme. Muy contrito me veis. Atribuidlo a que para mí sois tesoro tan preciado, que sólo la idea de poderos perder por muerte mía, o injuria contra vos, me saca de quicio.

—Os comprendo, y, por ello mismo, dispuesta estoy a serviros en cuanto sea, si halláis medio que no ofenda mi buen nombre, ni ponga en entredicho vuestra dignidad ni prestigio.

Bruno Sarto bebió varias copas, paladeándolas, pero sin saborearlas. Y al final su rostro se iluminó a causa de tres influencias: el mosto, el deseo que le suscitaba la hermosísima esquiva, y la feliz idea que había discurrido.

Cuando terminó de exponer su plan, Bianca aprobó y repitió por varias veces que si accedía era solamente por devolver la tranquilidad a su pretendiente.

Calló muy acertadamente, que no la disgustaba volver a ver al apuesto terror de Córcega, sobre todo bajo disfraz, que la permitiría libertades que nunca, por las apariencias, Bianca Ventiglia hubiera podido tolerarse, aún deseándolas.

Y al despedirse, pero ya lejos de la vista de Bruno Sarto, también tuvo ella una expresión de lástima pensando en el hombre que, por temor, la inducía a correr una inquietante aventura que ya de antemano encendía en agradables latidos sus sienes.

* * *

Bajo los soportales de la plazuela anexa al mercado, existían varias tabernas, lugar de reunión de cuantos *bravis*, durmiendo de día y vegetando de noche, esperaban la ocasional oferta de un «trabajo» sangriento, pero productivo.

Tenían varias costumbres que constituían una ley no escrita. Entre ellas, la de no asombrarse de nada que pudieran ofrecerles, exigir la mitad del pago por anticipado y, sobre todo, respetar a cuantos visitaran sus lugares de reunión.

Asustar o malherir a posibles clientes, hubiera redundado en el

propio perjuicio, ahuyentando a futuros visitantes.

Otra costumbre era formar grupos, con jefes elegidos por votación. El grupo de cinco capitaneado por Fiorelo, «Pies de Plomo», apodo que aludía a su cautela y no a su gran ligereza de pies cuando había de emprender la retirada, saludó con cortés cabezada a la dama que, extrañamente descubierta, y no velada, como era habitual, acababa de detenerse ante la mesa, preguntando:

—¿Sois el grupo de Fiorelo?

—Yo mismo soy el tal, madona.

Una rubia peluca de rizos profusos, carmín en las pómulos, albayalde en la tez, pinceladas diestras en cejas y azulina en párpados, transformaban lo suficiente a Bianca Ventiglia para hacerla desconocida. Hablaba además atendiendo instrucciones con acento fuertemente marcado de napolitana.

—Difícil es lo que he de deciros, Fiordo, y preferiría que vos solo lo oyerais.

—Fuera —dijo secamente el jefe.

Los cinco *bravas* no se ofendieron lo más mínimo. Rápidamente abandonaron la mesa donde ingurgitaban un brebaje que el tabernero, ex *bravi* pendenciero, aseguraba era vino mezclado con miel.

—Hablad sin el menor reparo, madona.

—Es una tarea difícil la que quiero proponeros.

—¿Cuántos muertos?

—Ninguno.

—Demasiado fácil, y desconfío. La experiencia me ha demostrado que lo que poco cuesta, mal pagado está, o esconde gran dificultad.

—Es sencillo, pero le atribuyo tanto valor, que pagaré espléndidamente, Fiorelo. Cien florines.

—¡Cebolleta! —exclamó ansioso y recelando a la vez el asesino, aludiendo a su comida favorita, cosa que sólo hacía cuando era presa de una fuerte impresión—. Por este precio no hay nada que mis cinco jabatos no puedan hacer. Cincuenta por anticipado, madona. Es la costumbre. Acepto, seo lo que sea.

Bianca Ventiglia depositó en la mesa, ante el perdulario, una de las dos bolsas entregadas por Bruno Sarto.

—Hablad, que mientras contaré. Es costumbre —dijo Fiorelo, vaciando la bolsa sobre la madera y por debajo de su cubrecabezas, para no ser visto de los demás, mientras iba contando. De vez en cuando sacaba una moneda y la mordía…

Cuando Bianca Ventiglia terminó de hablar, Fiorelo asintió:

—Dadlo por hecho, madona. Y siempre que lo deseéis, aquí estoy. Os haré mejor precio a la segunda vez. Ahora iremos a la Gruta, y en sus cercanías, por la descripción que del hombre hacéis, todo saldrá a medida de vuestro deseo.

* * *

Luys Gallardo, pese a toda su despreocupación, poseía el sexto instinto natural del hombre cuya existencia transcurre en continuo riesgo. Un instinto aumentado ahora, que recordaba el último consejo de Rasuni, referente a que Dago Corsi tenía numerosos enemigos, que Luys Gallardo no conocía.

Abandonaba ya la clara floresta, que en segunda franja dejaba atrás la de arenas, cuando oyó rumores de peculiar significación: alguien forcejeaba, y a la vez emitía gritos sofocados.

El ruido que aumentaba en diapasón procedía de tras unos matorrales, cercanos al sendero por el que se encaminaba hacia Montemar.

Un rayo lunar refulgió en los blondos y postizos cabellos de Bianca Ventiglia. Pugnaba muy verazmente por desasirse del abrazo con el que, demasiado a lo vivo, Fiorelo y otro *bravi*, simulaban querer inmovilizarla. Los otros cuatro, mascullaban claras apremiaciones, fingiendo desear más rapidez en el rapto.

Silenciosa fue la pisaba leve del trovador, pero, advertidos los *bravis*, dispusiéronse, hábiles esgrimistas, a lo que suponían fácil tarea: «Pan comido, muchachos. Son ochenta florines, ¡cebolleta!, a repartir entre seis. Nada más que desarmar y a ser posible, sin rasguño ni daño, atar a un trovador que os describiré. Y después, fingiendo que se acercan soldados del podestá, huir como galgos».

Espada y daga al aire, los cuatro primeros presentaron tranquilo muro armado al que desenvainó en último instante. Pero fue un airear de aceros tan contundente, que a las dos primeras trabazones de armas, dos *bravis* cayeron hacia atrás, uno atravesado por la garganta y el otro por el pecho.

Eso era lo que Bruno Sarto había supuesto. Fiorelo acudió en refuerzo, como cuando ocurrían sucesos imprevistos.

Dos dagas surcaron el espacio, y, rabiosamente desesperados ante aquel aluvión mortífero, y sabiendo que la huida era imposible, Fiorelo y el último superviviente batiéronse denodadamente.

Bianca Ventiglia, siempre siguiendo atinadas instrucciones, había acudido al fácil recurso de desmayarse.

Luys Gallardo levantándola en vilo, la apartó del lugar donde seis cadáveres hubieran podido, al parecer del trovador, contribuir a producir un segundo desmayo en la desconocida.

El parpadeo de la hermosa rubia y sus gestos fueron compendio demostrativo del natural arte femenino en lides de teatro.

—Cesó el peligro, señora. Ningún daño os acecha…

—¿Dónde estoy? ¿Quién sois?… ¡Esos horribles sujetos que…!

—Estáis en descampado, soy un trovador sin sueño y nadie más ronda.

Soltó él su abrazo, para depositarla en pie.

—Es imposible… Eran seis mal encarados asesinos que… Tengo miedo. La noche por estas soledades…

—Presto estoy a acompañaros donde lo deseéis. Os advierto, no obstante, que era ya de noche y a solas estabaisˆ cuando aquí os atacaron.

—Mi agradecimiento sin límites me obliga a daros explicación.

—No os la pido, señora. Me place haber evitado que dos rufianes prolongaran un abrazo que era un crimen. Vuestra figura y vuestro abandono me suscitaron el deseo de intervenir.

—No obstante os diré lo sucedido. Por causas… que vuestra discreción comprenderá…, fui citada en esta lejanía… Irrumpieron de pronto seis sujetos, y… a no ser por vuestra llegada, no sé lo que de mí hubiera sido, porque a todas luces eran *bravis* de la peor especie.

—Indudablemente.

Hablaba el trovador con cierto sarcasmo, que no pasó desapercibido a quien lo atribuyó al efecto que quería lograr: pasar por mujer casquivana, y en momento propicio que no podía tardar, acometer la espalda del supuesto diablo corso con puñal, que luego sería atribuido a ataque de seis *bravis*, muertos en la hazaña.

Ante aquella muerte no retrocedía la que se excusaba razonablemente ante su propia conciencia, diciéndose que eliminaba un peligro para la humanidad, y a la vez se aseguraba con cadenas de secreto a un futuro marido de copiosa fortuna.

El sendero se estrechaba por donde caminaba Luys Gallardo, siguiendo las indicaciones que tras ella le hacía la supuesta napolitana rubia. Y de pronto, Luys Gallardo rió, al empuñar con facilidad la muñeca armada de Bianca Ventiglia…

—¿Para matarme, pérfida hermosa? Creí que era para mejor epílogo, al que no habríamos llegado.

Temblorosa, viendo próximo su último instante vital, Bianca Ventiglia estaba a punto de proclamar su identidad, cuando la paralizó de estupor las frases que nunca hubiera supuesto en el diablo corso.

—De nuevo te digo cesó el peligro, y ningún daño te acecha. Has sido un breve obstáculo en mi camino, pero sigo en él, y aléjate tú. A quien te dijera que Dago Corsi pueda matar a mujeres, sabrás mentalmente contestarle que miente. Y para evitarte un enigma, te diré que el último *bravi* que cayó dijo aleo, que, de haberlo yo oído antes, menos sangre hubiera yo vertido, o media vida sólo les habría quitado. Dijo entre estertores, mientras yo me inclinaba para limpiar los aceros: «¡Maldita tramposa!… Un trovador fácil de desarmar…». Alerta voy siempre, pero ahora lo estuve doblemente. Tus razones tendrás por desear la muerte de Dago Corsi… Pero es suave la noche, eres hermosa y acudo a bella cita. Vete, y no repitas la suerte. Tal vez me cogieras en noche borrascosa, te viera yo desprovista de encantos y no tuviera cita de encantadora llamada. Vete…

Retrocedió ella, creyendo en sádica complacencia del que retardaba un momento fatal, corrió después, y casi sin alientos, se detuvo, escondiéndose.

Vio disminuir la silueta del que, a largo paso, iba ascendiendo, para desaparecer hacia el valle de Farnedo.

Y por extraña disposición de su carácter, Bianca Ventiglia deseó que pronto volviera a verla Dago Corsi, pero luciendo ella sus naturales dones.

Capítulo XI

EL TROVADOR JOVIAL

De regreso de Ajaccio, y cuando ya Ugo Paolo Renzo habíase despedido, dirigiéndose del umbral del puente levadizo del castillo de Montemar al del Duino, donde se alojaba, fortificándose su estandarte, Altiera de Montemar, seguida por su capitán Giovan Fierro, penetró en sus dominios.

Oyó con cierta impaciencia lo que le decía uno de los pajes de Alicia, su hermana.

Lo despidió casi con brusquedad. Y ya en sus habitaciones, tomó por testigo al fiel servidor de la casa de Montemar.

—Deberé regañar a Alicia. De nuevo se ha ausentado, y falta desde anoche. Son ya las siete, y sigue sin aparecer.

—Posiblemente estará atendiendo a sus obras de caridad, madona.

—No está en el castillo.

—Habrá pernoctado en morada amiga, madona.

—Ella sabe que no debe abandonar estos muros sin mi consentimiento. ¿Por qué me miráis así, Giovan?

El soldado trató de quitar franqueza a sus pupilas, sin lograrlo.

—Hay mudo reproche, Giovan, en vuestra actitud. Hablad.

—Os enojaréis, madona.

—Me dobláis la edad, y, por tanto, de vuestra sensatez no espero necedades.

—Creo, madona, que… sintiendo cierta inclinación a mostraros amistosa con messer Corsi…, os ofendió que, ante vos, tuviera él la osadía de… de abrazar a su amante en la Gruta de Anfitrite.

—Chocheáis, Giovan Fierro —dijo, seca y orgullosamente, la condesa—. ¿Puede a mí importarme lo más mínimo el

comportamiento de un bandido?

Pero lo que debía callar, por impedirle hablar el juramento que había prestado, era que juzgaba denigrante la actitud del que, siendo trovador que suplantaba a Dago Corsi…, lo suplantara también en amoríos.

Y era innegable, ahora que lo pensaba, que habíase sentido muy inclinada a curiosa sensación casi amorosa, ella, la serena y fría Altiera, ante la alegre quietud que a su ánimo aportó el descubrir el secreto del trovador, que le evitaba un horrible sacrificio.

Vio la apenada expresión del fiel soldado, y su bondadoso fondo la hizo restañar la herida que para el hombre de armas representaba oírse acusar de inexistente senilidad.

Tendió la diestra, con gesto resuelto.

—Chocad, Giovan. Es cierto cuanto habéis dicho. Y yo he sido injusta para quien, como vos, es mi mejor amigo y defensor.

Crujieron las junturas de su armadura al doblar la rodilla, emocionado, el capitán, mientras torpemente estrechaba la mano femenina.

—Nada en vos es injusto, madona, porque sois excelsa.

La inquietud y una viva ansiedad creciente iban enseñoreándose de Altiera de Montemar a medida que transcurrían las horas y no llegaban noticias de su hermana.

Levantóse esperanzada al irrumpir, presuroso, Giovan Fierro.

—¿Regresó ya la imprudente…, a la que azotaré yo misma?

—¡Messer Corsi pide ser recibido, madona!

—Mala hora ésta. ¿Cree, quizá, que no tiene más que aparecer y ser obedecido? En fin, introducidle, y dejadnos a solas.

Poco después, con jovial desenfado, Luys Gallardo efectuaba una honda reverencia.

—Un trovador a tus plantas, Altiera de Montemar.

—No os doy la bienvenida, porque mentiría.

—Las damas honran a los juglares tuteándolos, Altiera. Cuando serio es tu semblante y ahuecas la voz, pierdes la quintaesencia que tanto te embellece…

—¡Detén la lengua, juglar! —atajó, centelleantes los ojos, ella—. ¿Crees tal vez que soy mujer que acoja con agrado tus presuntas donosuras?

—El agrado no está en recibir, sino en el que yo siento al decir,

Altiera.

—No es ésta hora adecuada a futilidades. ¿A qué debo el disgusto de verte?

Rió alegremente el español.

—Incurrir en tu enojo es halagador, porque lo que ignoras es que la indiferencia es la mejor arma.

—Mi enojo… tiene por causa tu vileza.

—Vilezas nunca cometo —replicó, secamente, el español.

—¡Lo es abusar… de la ignorancia de una desgraciada… que te cree Dago Corsi… para mentirle amores!

—Vos lo decís, señora. Le miento amores, pero en palabras tan sólo.

—Vos, que por galante y español os tenéis, deberíais cesar en esa torpe simulación, alejando de vuestro lado a Bárbara Foscari.

—Ella adora a Dago, del cual sentíase esclava. ¿Sabéis lo difícil que resulta alejar a mujer enamorada? Pensad en los suspirantes que habéis desdeñado…

—Tiempo no tuve para amores. Y cese la charla sobre asunto tan escabroso. Muy libre sois de hacer lo que se os antoje…, pero os confieso que ayer noche, al veros… como os vi, dejasteis de ser para mí… un amigo.

—Orgullosa y fiera era la gatita, y el pobre perro intentaba congraciarse con ella, ladrando jovialmente. Dice la balada que peleaban, pero… en el fondo se tenían mutuo aprecio.

—Si la gatita soy yo…, ¡puede el perro seguir ladrando!

—Si yo fuera presuntuoso, diría… lo que no digo.

—¡Atreveos! —Y fingió ella burlona carcajada—. De un galante aventurero todo es de esperar… ¿Qué diríais si os atrevierais?

—Simplemente, que en vuestro enojo podría haber un principio de atracción sentimental que…

—¿Vos? ¿Vos inspirarme a mí…? ¡Bah, señor trovador!… Algunas fortunas de poca monta os han dado la falsa creencia de que podéis inspirar otra cosa que no sea benevolencia.

Risueño, Luys Gallardo enarcó las cejas.

—¿Dejemos para otra ocasión los maullidos y ladridos?

—¡Sabed que he aceptado la petición de esponsales del pundonoroso Ugo Paolo!

—Lo celebro. Y ahora, rasemos al motivo de mi visita

inoportuna; ¿qué noticias tenéis de madona Alicia?

—Falta, desde ayer noche, y… ¿Sabéis vos algo?

—Sí. Al menos lo creo. Como ya son demasiados los que conocen mi doblé personalidad, no traigáis aquí a madona Alicia.

—Pero… ¿dónde hallarla?

—Ved si está en la mazmorra donde encerrasteis a Dago Corsi.

—¿Qué insensatez oigo?

—Ved si lo es, antes de enjuiciar. Aquí aguardo.

Salió ella presurosa. Mientras, Luys Gallardo contempló el lienzo que representaba una mujer de verdes ojos, carnosos labios y sonrisa indefinible.

A sus espaldas resonó una tos de aviso. Y Giovan Fierro, explicó:

—Era la condesa Adriana, messer.

—No te lo pregunté, capitán. Parece que eres muy amigacho de «Faciatosta».

—Tengo ese honor, messer.

—Entonces, los esponsales de tu dueña con tu amigote te satisfarán, ¿no es así?

—Así es. Únense delicadeza de sentimientos y nobleza de alma, y…

—Déjame de monsergas. ¿Te llamé?

—Acudí, messer, porque madona Altiera me ordenó os hiciera compañía.

—¿Y para qué quiero yo tu compañía, bellaco? Desaparece, ¡mala peste te pudra!—vociferó, con el rudo lenguaje de Dago Corsi.

—Perdonad, messer, pero cumplo orden de mi señora. Comprendéis, ¿no?

Los sinceros ojos del soldado alarmaron al supuesto Dago Corsi.

—¿Te inspiro simpatía?

—«Faciatosta» os considera un… calumniado, messer Corsi. No más tarde de las cuatro me decía que vos sois un rudo corazón, que…

—Mañana me lo acabarás de explicar, capitán.

En el umbral, la presencia de Altiera de Montemar hizo que Giovan Fierro, con larga zancada, abandonara la sala.

Y la altiva castellana, sonrojado el rostro, murmuró:

—Gracias, trovador. Sin tu llegada oportuna, tal vez mi

imprudente hermana hubiera fallecido de terror bajo el casco… Una horrible mentira le contó Dago Corsi… Y estás en peligro, porque él…, en libertad, es un demonio ansioso de venganza.

—Un estrangulado ya no puede hacer daño.

Miró ella las manos del español.

—No —dijo él—. Fue un misterioso peregrino el que ajustició al que ya de ahora en adelante suplanto sin la menor sombra.

—No obstante, pisa con cautela, y no tomes a mal mi consejo, pero tu jovial temple de trovador te pone en peligro.

—Me alienta el saber que me has devuelto la amistad, mi dama.

—Por completo tendrás mi aprecio… si alejas de tu lado a la desgraciada calabresa.

—Lo intentaré.

—¿Te sedujo su… indudable atractivo?

—No es mi ideal.

—¿Cuál es tu ideal, trovador?

—Fijamente, no lo sé. Tiene por carácter tu franqueza, tu rectitud y tu alma leal… Pero cuando quiero plasmarla, a veces unos rasgos creo encontrarlos… en dama como tú, pero otros se esfuman, desdibujándose…

Quiso ella desvanecer su zozobra, bromeando:

—Todo trovador canta sus muchos amores, porque a todas ama por espacio de un momento, y a ninguna constantemente.

—¿Qué sabes tú lo que es amar? —rió Gallardo—. ¿Conoces la honda emoción de sentir los latidos de tu corazón apretar con mano invisible tu garganta? ¿Has enmudecido ante la presencia de otro ser, convencida de que las palabras nunca podrán expresar lo que es saberse enamorado?

—¿Qué sabes tú lo que yo puedo sentir? —rebatió ella, con vehemencia—. No alardees de vana pretensión, cual es descifrar el enigma de un corazón de mujer. ¿Me crees nieve? ¡Por el Cielo!… Tienes la virtud de sacarme de quicio… Me exaspera tu soberbia pretensión de juzgar ajenas almas. Siempre estimé como presuntuosos a los juglares que, al igual que tú, créense muy duchos en desentrañar femeninos caracteres… Tu sonrisa es fatua, odiosa y necia…

—Tu vehemencia es cálida, fascinante y sabia. Dice de brasas…

—¡Calla, truhán! ¡Tienes mi venia para irte!

—Y tú la mía para no despedirme en forma tan desagradecida. ¿Pues qué, mi dama? ¿No es por ti por quien pastoreo piara de bandidos? ¿Qué se me da a mí de Córcega, Ajaccio y tu castillo? Sonríe, mi dama… Muéstrame las perlas en su estuche de fresón goloso, y soy tu rendido esclavo. Sigue maullando… ¡y húndase el mundo, que yo seguiré lejos de aquí pulsando mi laúd!

—No es por mí por quien vives como Dago Corsi. Es por tu afán de peligro, tu juego temerario, tu galante aventura más grandiosa. Mientes al decir que es por mí.

—Sonríeme, mi dama. Así… ¿Ves cómo la balada tiene razón? Pelearemos con frecuencia, pero nos tenemos…, ¿cómo diría yo?…, cierto cariño…

—Vete, trovador. La hora es tardía.

—Me voy, si antes me informas de algo que ignoro. ¿Conoces a Bianca Ventiglia?

—Sí. Es hija de un pobretón letrado… y se casará con el oro de Bruno Sarto.

—Es bellísima.

—Eso dicen.

—Eso digo.

—Ella es ambiciosa.

—Puede serlo. Ni un trono a sus pies vale el don de su belleza.

—Vete, trovador. Como todos los hombres, más que las nobles cualidades del espíritu, te fascinan las aparentes cualidades.

—Doblemente fascinado estoy ante ti, entonces. Porque tu espíritu es lindísimo, y sólo superado por tu apariencia hechicera. Hasta pronto, mi dama.

—Tu buena estrella te proteja, trovador.

Y cuando hacía ya minutos que habíase marchado Luys Gallardo, no supo explicarse Altiera de Montemar la razón de que resbalaran las lágrimas por sus mejillas.

Lo atribuyó a cansancio, a excitación por la breve y emotiva escena que se produjo al liberar a su hermana…

No quiso reconocer, hasta muy avanzada la noche, que su melancolía debíase a que los madrigales que le dedicaba el trovador los hubiera deseado menos joviales y más veraces.

Y sola, mirando el lienzo que plasmaba la deliciosa figura de su madre, con voz entrecortada de sollozos, suplicó:

—Dame fuerzas para ser tu digna heredera… ¡Una Montemar no puede estar enamorada de un galante aventurero!

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.